Demetrio Vallejo: como el huizache

Marcos T. Águila

El huizache es un tipo de árbol muy resistente que nace y crece en México en terrenos más bien áridos. Es capaz de desarrollarse y reproducirse bajo condiciones difíciles; de adaptarse a la sequía, de resistir y fortalecerse; su madera es sólida, sus ramas adoptan formas un tanto caprichosas, que permanecen rígidas, duraderas, confiables, toda su vida. La vida y el carácter de Demetrio Vallejo se parecieron a la esencia del huizache. El nació en un pequeño poblado del sur de Oaxaca, en la zona del Istmo, llamado El Espinal, el 7 de noviembre de 1910, en el seno de una familia campesina numerosa, y murió 75 años después, reconocido por propios y extraños como uno de los líderes obreros de izquierda más importantes de México del siglo XX. Demetrio fue el último de 11 hermanos. Su madre acostumbraba alumbrar a sus hijos en ese poblado, que se encontraba considerablemente alejado de su lugar de residencia, Mogoñé, un pueblo vecino de Matías Romero, cercano a la frontera con el estado de Veracruz. Fue en Mogoñé donde pasaba el tren, cuando todavía niño, y Demetrio Vallejo se incorporó, por recomendación de su madre, a la familia del ferrocarril. Demetrio fue aceptado, aunque no de manera formal aún, para trabajar en la estación de Mogoñé como "chícharo", esto es, una suerte de "aprendiz".

En este ensayo nos proponemos seguir y, en la medida de lo posible, proponer una explicación sobre los factores que permitieron la exitosa trayectoria laboral y política de Demetrio Vallejo, desde "chícharo" hasta secretario general de uno de los sindicatos nacionales más importantes de México –si no es que el más importante– en el año de 1958. Propondremos que en dicha vida laboral se condensa mucho de la experiencia, de las peripecias, del grueso de la capa inferior de los ferrocarrileros de entonces, quienes fueron de sus seguidores más fieles. Enseguida abordaremos el efecto de su caída vertical de la cima de aquél sitio de poder sindical y político (cuando estuvo al frente de las huelgas ferrocarrileras de los años de 1958 y 1959, que fueron reprimidas con violencia), a la purga de una *condena de Estado* que duró once años cuatro meses y un día, bajo el cargo principal (entre muchos más) de "disolución social". Este delito, promovido por el entonces presidente de la República Ávila Camacho, en 1941, es una herencia de la Guerra Fría, y era tan maleable como el mercurio; inasible, y se aplicó con puntualidad en México a los disidentes políticos incómodos, ya fueran intelectuales, trabajadores, artistas o

estudiantes, que pudieran empañar la imagen de un México próspero, armonioso y en rápida industrialización, de la que se presumió durante el "milagro mexicano" de aquellos años. Finalmente, en la última etapa de su vida, Vallejo aún encontró tiempo para recuperar el éxito como dirigente sindical y político. En el proceso se había creado una leyenda asociada a su figura, que llegó a ser superior al personaje histórico. Vallejo abonó a dicha leyenda, con medidas como una heroica huelga de hambre solitaria, emprendida en 1968, en coordinación con el movimiento estudiantil y popular de aquel año. De este modo Vallejo dejó de pertenecerse a sí mismo.

Realizaremos este recorrido de la vida de Vallejo sólo a grandes trazos, como corresponde a un ensayo histórico y no propiamente biográfico.[1] Iniciemos apuntando que Vallejo se mantuvo siempre en oposición a las autoridades del ferrocarril y del gobierno. En sus luchas sindicales y políticas privilegió la fórmula de hacer valer "al pie de la letra" las avanzadas leyes laborales de México, y siempre en sus razonamientos destacó un espíritu nacionalista y de justicia popular. Vallejo vivió modestamente, dentro de los parámetros de los ingresos de un trabajador de mediana calificación, lo que resulta una extraordinaria manifestación de honradez, en un México donde alcanzar una posición de mando político, en un puesto de relevancia nacional, tiende a ser sinónimo de enriquecimiento y corrupción. Por ejemplo, en una entrevista realizada después de su salida de la cárcel, el reportero Guillermo Ochoa realizó una breve descripción del departamento del líder, ubicado en la calle de Puente de Alvarado número 6, interior 306, al que califica como limpio, con muebles sencillos, "con linóleo en la sala, barquitos, de esos que hacen en Acapulco con pequeñas conchas, sobre el televisor, y unos 150 libros en un estante chaparro, de caoba, sin adornos".[2] La carrera política de su contrincante político más notorio dentro de los ferrocarriles, Luis Gómez Zepeda, su contemporáneo, puede servir de contraste para valorar ambas trayectorias y posturas encontradas. Gómez Zepeda comenzó su carrera dentro de los

---

[1] El trabajo biográfico más serio sobre Demetrio Vallejo es el de Begoña Hernández y Lazo, *Demetrio Vallejo Martínez, un luchador social (1910-1985)*. Un tratamiento literario, centrado en las huelgas de 1958 y 1959 es el de la novela de Elena Poniatowska, *El tren pasa primero*. Poniatowska puso a disposición de investigadores o militantes una larga entrevista a Vallejo, que ayudó para su novela y también en parte a la organización de una obra en dos volúmenes con la mayor parte de los escritos de Vallejo, profusamente ilustrada con fotografías de su archivo, editada y compilada por Óscar Alzaga y Guadalupe Cortés, *Obras de Demetrio Vallejo*, *Tomos I y II*, Sociedad Cooperativa de Trabajadores de Pascual ASL, México, 2009.

[2] Entrevista de Guillermo Ochoa a Demetrio Vallejo, "¿Miedo a volver a la cárcel? Sí, lo tengo", en *Excélsior*, 5 de enero de 1971.

ferrocarriles de la misma manera que lo hizo Vallejo y otros líderes, desde el puesto más bajo, hacia 1917. Ascendió pronto en el escalafón, por sus propios méritos, hasta telegrafista. De allí pasó a la representación sindical de los oficinistas en 1930. Luego progresó en forma meteórica dentro de la estructura sindical hasta la Secretaría General del sindicato, misma que ocupó en dos ocasiones, y más tarde, en un salto mortal espectacular, hasta la gerencia. Así, Gómez Z. terminó su vida como un hombre no sólo poderoso, sino acaudalado, enriquecido desde las entrañas del poder. Vallejo denunció el carácter dudoso de su enriquecimiento en múltiples ocasiones.[3]

Por su parte, Vallejo renunció a la posibilidad de enriquecimiento fácil, tal vez el cemento más poderoso que interviene en la fragua de la alianza entre el gobierno y las representaciones sindicales oficiales, que tienden a permanecer cada vez más alejados de sus representados, y en cierta forma cada vez más inútiles. Cuando ocurrieron las históricas huelgas de 1958 y 1959, el gerente de Ferrocarriles Nacionales de México (FNM), Roberto Amorós, era senador, y Samuel Ortega, secretario general del Sindicato Ferrocarrilero antes de ser depuesto por las huelgas, diputado. Ambos, por supuesto del mismo partido: el PRI.

La presencia física es importante para ocupar cargos de dirección sindical y de liderazgo político en general. Los miembros de base de la organización de que se trate depositan en los dirigentes una confianza y un poder que tiene mucho de subjetivo. La discusión de los programas a mediano o largo plazos de candidatos rivales pasan a segundo plano en relación con su imagen, con su físico. Los electores quieren verse a sí mismos representados en la imagen de su líder: reflejarse en él, imaginare ser más poderosos, más altos, más fuertes de lo que ellos mismos son. En este sentido, Demetrio Vallejo, acaso el dirigente sindical de base más destacado del gremio ferrocarrilero del siglo XX, rompe esa norma, pues se trataba de un hombre bajo de estatura, moreno y con rasgos indígenas, de oaxaqueño puro. En su solicitud de ingreso a la empresa FNM se consigna que media 1.59 metros, pesaba 51 kilogramos, y tenía el pelo y los ojos negros, sin

[3] Entre docenas de artículos y menciones concretas, Vallejo califica a Gómez Z. como "charro y neofinanciero", de "prototipo de Judas bíblico", en un artículo en el que denuncia un negocio asociado a la construcción de viviendas para trabajadores, en el que se había deslindado a la empresa del compromiso constitucional de prestación de vivienda, todo a cambio de una cantidad de inversión anual. Ver: "Nueva traición de Gómez Z", en revista *Punto crítico*, núm. 53, segunda quincena de mayo de 1976. En su autobiografía, Gómez Zepeda ofrece su versión edulcorada de las diferentes acusaciones: Luis Gómez Zepeda, *Sucesos y remembranzas*.

señas particulares.[4] En casi todas las fotos que se conservan de sus lides sindicales –que son muchas– Demetrio destaca por ser el más bajo. Bajo frente a los gerentes, los ministros, los presidentes, u otros líderes sindicales mestizos, que usaban gafas obscuras y trajes elegantes, como ha apuntado el investigador Robert Alegre.[5] Mencionar este aspecto es relevante porque la fuerza de atracción del personaje tuvo que suplir una imagen estereotipada de poderío físico, ausente en su persona, con otros atributos. Y fueron estos otros atributos los que le permitieron acceder, por votación abrumadora a su favor, a la Secretaría General del Sindicato Nacional Ferrocarrilero, en 1958. Tales atributos son: en primer lugar, su determinación en la defensa de asuntos cotidianos de la vida laboral; en segundo, su honradez a toda prueba; en tercero, *paradójicamente,* su físico, que no dejaba duda de que provenía de las propias filas de base, y su preocupación por los intereses de los demás. Durante las movilizaciones ocurridas en el verano de 1958 muchos le decían "chaparrito de oro". Efraín Huerta, el fino poeta y periodista, al reportear sobre una asamblea realizada en Peralvillo, en el Distrito Federal, tras la primera victoria de los ferrocarrileros, a principios de julio de 1958, refiere que mientras Vallejo informaba punto por punto el resultado del acuerdo con el gobierno, los trabajadores reunidos coreaban: ¡Bravo chaparrito! ¡Adelante chaparrito! Huerta habla en el artículo de la buena madera de que estaba hecho ese liderazgo. En efecto, era de huizache.

Medio en serio, medio en broma, Vallejo le confesaba en entrevista a Elena Poniatowska –la gran periodista simpatizante de las luchas populares en nuestro país, y literata por añadidura, de figura delicada y rasgos finos; de cuna aristocrática, bajita ella también– que él, Demetrio, "había nacido *shunco*, el último de sus hermanos […] y entonces mis papás me hicieron ya 'sin ganas', por eso salí chaparrito". En esa entrevista, realizada el 12 de agosto de 1970, dos semanas después de que salió de prisión, Poniatowska escribió la observación de que Demetrio estaba "escrupulosamente limpio". Aunque la mención tenía que ver con su aspecto e indumentaria, también tenía algo de simbólico: la limpieza de su gestión política y sindical. En cuanto a la determinación, además de la tozuda defensa de sus derechos laborales individuales, que iba desde la oposición a los descuentos injustificados o el pago escrupuloso de horas extra, tal vez uno de los signos más notorios de la misma es el hecho de que haya decidido emprender en prisión

[4] Archivo Histórico del Cedif, Fondo: Directivos de los FNM, exp. 6-7-36794-"A", Demetrio Vallejo Martínez, documentador Agencia de Express. Coatzacoalcos, Veracruz, solicitud de empleo, 17 de mayo de 1934.
[5] Robert Alegre, *Railroad Radicals in Cold War Mexico: Gender, Class and Memory*, p. 109.

numerosas huelgas de hambre, algunas en compañía de otros presos políticos, y otras por su propia cuenta y riesgo, en espacial su huelga de hambre "de despedida", que duró más de dos años, cuando exigía su confinamiento o su libertad. Las autoridades carcelarias tuvieron que amarrarlo y alimentarlo vía sonda, contra su voluntad, para impedir que esta huelga ininterrumpida acabara con su vida. Esta huelga la decidió Vallejo al margen de los demás presos políticos, acaso incluso para diferenciarse de ellos también. El debía mostrar que era todavía más recio. Así fue Demetrio Vallejo, como el huizache.

Sindicalista radical

Entre su entrada formal como empleado de FNM en la región del sureste, ocurrida en marzo de 1928, antes de cumplir 18 años de edad, y su detención derivada de su participación en las jornadas de huelgas de 1958 y 1959, en marzo de 1959, transcurrieron alrededor de treinta años de luchas sindicales prácticamente ininterrumpidas, salvo en algunos lapsos de suspensión forzada de labores. Como resulta natural, los primeros enfrentamientos tuvieron relación directa con la defensa de sus derechos laborales. Demetrio Vallejo se defendió a sí mismo mediante escritos en los que describía hechos, con lujo de detalles. Con el tiempo las dosis de ironía hacia jefes y supervisores aumentaron. Su capacidad de palabra poco a poco se empoderó, ya que con los años ganó seguridad, aplomo e ironía. Su primera táctica fue recurrir a las autoridades superiores, utilizando un lenguaje un tanto ceremonioso, pero firme. Un primer caso documentado de conflicto laboral se produjo en agosto de 1929, cuando "fue destituido por insubordinársele al agente" del Express en Matías Romero, como reza el reporte de la empresa. Durante muchos meses Vallejo atacó los motivos de su suspensión, hasta que logró su reinstalación. Otro ejemplo lo encontramos en una carta manuscrita –con letra impecable como de maestro de primaria- que dirigió al jefe de personal de FNM, C. E. Pani, fechada el 26 de enero de 1931, en la que Vallejo comienza así: "Es muy probable que esta sea una de las tantas importunas [sic] cartas que llegan a perturbar las grandes labores que tiene a su digno y exacto cargo, por lo cual me apresuro a suplicarle me dispense el mal que llegare a ocasionar la presente". Enseguida, el joven Demetrio, de 21 años, hace referencia "a la fama" de la que "injustamente se me acusa" y solicita la "expurgación de su record", con el fin de poder solicitar el reingreso a FNM. En esa ocasión Vallejo acusa al jefe de estación de Matías Romero de haber

formulado un "intriga" en su contra. Rubrica su carta con un prolongado agradecimiento, "no dudando del favor que espero de Usted […] me atrevo a adelantarme [y a] darle las más expresivas gracias por las atenciones que tenga sobre el particular, y al mismo tiempo para suscribirme como su más humilde y att. y s.s.".[6]

La carta resulta emblemática sobre su postura ante diversos aspectos de la negociación sindical que habría de reiterarse una y otra vez: defensa de sus derechos, apego al diálogo y la búsqueda de atención con la autoridad de mayor rango; exigencia de respeto a la ley y uso de la misma. También resulta reveladora sobre su filosofía de vida; sobre sus aspiraciones de justicia y apego a la ley, hasta en los puntos y comas de las cláusulas de los contratos y reglamentos. La acusación de "insubordinación" en Matías Romero se repitió en al menos otras cuatro ocasiones: en 1938, en Puerto México, en 1952 y 1953 en Coatzacoalcos y, por supuesto, en 1959, cuando el 30 de marzo fue aprehendido por la policía en un restaurante cercano a las oficinas sindicales de la ciudad de México, como silbato de salida a la represión. En el oficio que la empresa dirigió a Vallejo se lee: "Por su participación en las labores de agitación en contra de los Ferrocarriles Nacionales de México [FNM] que han degenerado en alteración del orden y de la disciplina que deben imperar, con grave perjuicio de los intereses del público y de la Nación, pues ha sido Usted instigador para que se efectúen paros de labores en los centros de trabajo […] le participo que […] queda rescindido su contrato de trabajo". Vallejo se rehusó a firmar de recibido el oficio, como correspondía a su carácter.[7]

Consideremos otro de los casos de protesta sindical, con referencia a un asunto cotidiano relativamente *menor*. El 1 de agosto de 1952 Vallejo dirigió una carta al señor Gabriel S. de la Vega, contador divisional de Matías Romero, en la que exigió el cobro de 21 horas extras trabajadas, que no le habían sido cubiertas. El retraso tenía ya más de un año y la molestia de Vallejo era manifiesta, pero su ira estalló frente a un reclamo en el sentido de que una carta suya previa sobre el asunto había sido dirigida a un funcionario equivocado, según las reglas internas de FNM. En el segundo párrafo de su carta, escribe Vallejo: "[…] me advierte que es indebido

[6] Archivo del Cedif, exp. 552/59, Tierra Blanca, exp., 6-3-36794, carta manuscrita de Demetrio Vallejo a C.E. Pani, jefe del Departamento de Personal. Mogoñé, 21 de enero de 1931.

[7] *Ibid.*, exp. 552/59, Tierra Blanca, Lic. Jorge Sánchez Curiel, jefe del Departamento de Personal, a Demetrio Vallejo Martínez, 30 de marzo de 1959. El oficio tiene escrita una nota a mano, redactada en la cárcel preventiva del DF, fechada el 31 de abril de 1959, en la que se lee: "[…] hacemos constar que el Sr. Demetrio Vallejo se rehusó a firmar, quedándose con la destitución".

que yo esté distrayendo la atención del Sr. Contador de Egresos por reclamaciones por concepto de salarios". Y en líneas más adelante arremete contra el Señor contador:

> Sobre el particular deseo manifestarle que hubiera sido más propio decir equivocado, incorrecto, erróneo, pero no INDEBIDO [altas en el original] el que yo me haya dirigido al señor contador de Egresos en vez de hacerlo al Jefe del Departamento de Contabilidad… El Contrato Colectivo de Trabajo y la ley de la materia establecen el DERECHO que tienen los trabajadores y los representantes sindicales de reclamar el pago de los salarios devengados; pero no dicen que estas reclamaciones las deben enderezar con tal o cual Jefe de la empresa. El Jefe que recibe una reclamación que no es de su competencia debe turnarla a quien corresponda para su atención y decirle al reclamante que su asunto debe tratarse con el Jefe a donde fue turnado. Lo INDEBIDO es que Usted en vez de expresarle al Sr. Contador de Egresos que no debe intervenir en asuntos que no son de su incumbencia, me dice a mí lo que debe manifestarle a él. Lo INDEBIDO es que Usted haya manifestado al Secretario Local de Ajustes por Oficinas [el puesto de Vallejo entonces], que esas boletas ya estaban pagadas y no era cierto. Lo INDEBIDO es pedir copias de las boletas para decir un mes después que hay que formular otras para su pago. Lo INDEBIDO es no reclamar oportunamente unas boletas cuando en el expediente que se recibe se menciona que van adjuntas, lo <u>indebido</u> [en minúsculas, subrayado en el original] es que Usted firme una carta escrita indebidamente. Lo INDEBIDO es que un asunto que pudo haberse resuelto en un mes, sigue sin solución después de un año. Todo esto es INDEBIDO, Señor De la Vega.[8]

La carta fue enviada a cuatro remitentes entre representantes sindicales y de la empresa, de tal manera que la lección de manejo legal, y el tono irreverente e incisivo, a la vez que educado, no favorecieron al señor contador. La refutación del uso del adjetivo "indebido" se repite ocho veces. Lo sorprendente es que la carta tuvo un éxito inmediato. En su respuesta escrita, De la Vega "suplica" la presentación de las boletas, y añade que "no hay inconveniente en retirar la palabra indebido, y promete el pago en el más breve plazo, que "depende de Usted mismo" [refiriéndose a Vallejo]. "Mantendré el expediente a la mano", promete De la Vega, y envía copia no a cuatro sino a seis funcionarios. El caso refleja el proceso de burocratización de las relaciones laborales, y el peso significativo del sindicato en el reclamo de "minucias", con la ley y la firmeza de un líder local, como Vallejo, por 21 horas de trabajo extraordinario. La burocracia sindical no dejó de crecer. En 1942, Marcelo Rodea menciona que el Departamento de

[8] Archivo Histórico del CEDIF, exp., 552/59, carta de Demetrio Vallejo Martínez, delegado de Ajustes por Oficinas, al Sr. Gabriel S. De la Vega, contador divisional. Matías Romero, 1 de agosto de 1952.

Archivo manejó "unos 112,972 expedientes" que correspondían a "64,147 asuntos terminados y 48,825 en trámite".[9]

No vamos a abundar con ejemplos de este tipo, pero sí hacer mención que existieron muchos más, como el reclamo de pagos no cubiertos por ocupar interinatos, la reposición de gastos por reparaciones de casa-habitación, propiedad de la empresa en Coatzacoalcos, y otros más. Vallejo se forjó como líder en la disputa por hacer valer tanto el contrato colectivo como los convenios particulares por especialidad, desde la base y, por lo general, con éxito. No en balde, el superintendente Salvador Ugalde, en una carta "Oficial Reservada", dirigida al superintendente general del Express indicaba, en diciembre de 1953, su inconformidad con la "reinstalación precipitada" de Vallejo, quien había caído de nuevo en un caso de "insubordinación". Señala Ugalde que después de haber sido destituido por segunda vez, Vallejo había insistido en "sostener su inveterada actitud de indisciplina y falta de respeto a todos sus superiores jerárquicos […] después de su triunfo […] está en un plan de mayor insolencia […] es indudable que dicho Señor va a crearnos un conflicto de trascendencia".[10] Ugalde tenía razón, su vaticinio fue exacto.

La trayectoria laboral de Demetrio Vallejo en FNM fue progresiva, más no particularmente rápida o extraordinaria. En Mogoñé, luego de haber sido "chícharo", ocupó el puesto de agente en el servicio de Express. Más tarde desempeñó ese mismo cargo en San Cristóbal, Santa Lucrecia y Matías Romero, hacia 1935. En este último sitio aprendió las labores de telegrafista, y llegó a ocupar el puesto cuando había alguna emergencia o durante interinatos cortos en otras ciudades. Este conocimiento le sería de mucha utilidad cuando se planearon los paros escalonados de las movilizaciones nacionales en 1958 y 1959: Un viejo ferrocarrilero lo recordaba así: Vallejo "[…] sí sabía muy bien del telégrafo y controlaba pues toda la línea por medio de escalas […]", por ejemplo, Oaxaca, Tierra Blanca, Apizaco, Puebla, Veracruz, ciudades todas donde tuvo Demetrio una marcada influencia.[11] Fue más adelante documentador de equipaje del servicio de Express en Puerto México, agente de emergencia en Lagunas y Chivela, donde hizo interinatos breves y, finalmente, en 1941 llegó a Coatzacoalcos, donde hizo residencia

[9] Marcelo Rodea, *Historia del movimiento obrero ferrocarrilero, 1890-1943*, p. 629.
[10] Archivo Histórico del CEDIF, exp. carta del Salvador Ugalde Nieto, Superintendente al Sr. J. G. Estrada, superintendente general de Express, 3 de diciembre de 1953, con copia al gerente general.
[11] "Testimonio del señor Armando Bautista", entrevista realizada por Patricio Juárez, jefe del Departamento del Archivo Histórico del CEDIF, el 31 de agosto de 2011, en *Mirada Ferroviaria. Revista digital*, núm. 18, septiembre-diciembre. México, CNPPCF, 2012, p. 42.

hasta la década de 1950. Ahí ocupó los puestos de tercer ayudante de agente, corrector de guías, revisor de guías, empleado de transbordos y ayudante de agente número 2, siempre en el servicio de Express. Esta experiencia lo coloca en un nivel de calificación media dentro del complejo escalafón de FNM. Vallejo era uno más entre la masa de trabadores de salarios medios, luego de muchos años de recibir ingresos de menor monto dentro de la especialidad.

Vale la pena hacer una breve descripción de la heterogeneidad de la estructura ocupacional de FNM, ya que esto nos permitirá asociar el liderazgo que ejerció Vallejo entre la mayoría del personal de baja calificación y, acaso, entender mejor la oposición a las posturas radicales del grupo vallejista y comunista en los sucesos del 1958-1959, entre los empleados de mayor rango. Tomemos como muestra la descripción de una de las secciones del sindicato, la 21, de Puebla, a partir del padrón electoral preparado en diciembre de 1962.[12] En esta sección –numerosa e importante– se contabilizaron casi 4 000 trabajadores, 3 062 activos, 696 jubilados, que también podían votar, y 176 de "cuadrillas sistemales", que suponemos iban y venían a lo largo del sistema, pero radicaban en Puebla. La sección contaba con trabajadores de las cinco ramas de FNM: Trenes, Alambres, Talleres, Oficinas y Vías. El Express, Departamento en el que laboraba Vallejo, formaba parte de la rama de Oficinas.

El personal de cada una de estas cinco ramas se subdivide, a su vez, entre las ocupaciones de mayor calificación o de puestos elevados, cargos de responsabilidad media y ocupaciones bajas, con menores ingresos y menor calificación técnica. Así por ejemplo, en la sección de Puebla, la rama de Trenes contaba con 359 trabajadores que se dividían entre las ocupaciones más calificadas: conductores, maquinistas, garroteros y fogoneros. En conjunto sumaban 222 personas. En los puestos medios se puede incorporar a los patieros, con 69 plazas y, entre las de menor calificación, a los puestos de similares de tripulación de locos, con 68 plazas. Aquí la proporción de ocupaciones altas sobresale. En cambio, si se atiende el caso de la rama de Vía y conexos, prácticamente no hay puestos elevados, sólo de baja calificación: carretilleros y estibadores, vigilantes y veladores, personal de conservación de vía, con 812 plazas, y personal para puentes, edificios y estructuras, donde es posible que algunos ocupasen puestos de mayor calificación. Si se realiza la cuantificación general de las cinco ramas, el resultado nos arroja lo

[12] Archivo Histórico del CEDIF, Fondo Sección 21 del STFRM. Oficio del secretario local de Organización y Educación, Leopoldo Pacheco Olivera al secretario general de Organización y Educación, José C. Romero Flores, 26 de diciembre de 1962. "Estadística del personal", vinculado a la Sección 21 con derecho a votar.

siguiente: 302 trabajadores con puestos de mayor categoría, 937 en el grupo de ocupaciones medias y 1 823 en puestos bajos del escalafón, que representan, en números redondos, 10, 30, y 60 %, respectivamente. Esta estimación puede considerarse como una aproximación para el sistema entero. Por ejemplo, en el caso de los trenistas, ligados a la primera rama, con predominio de ocupaciones mejor remuneradas, representaban 13% del personal en 1944.[13] Quizá se incremente la proporción de puestos medios entre los jubilados, o entre el personal de secciones con un peso alto de los Talleres, como en Aguascalientes, pero la tendencia al predominio de las ocupaciones medias y bajas no se modificará de manera radical.

Esta es la estructura laboral que contribuyó a dar a Vallejo una autoridad y peso decisivos. Vallejo podía confundirse con esa masa, ser uno más entre ellos. Poco a poco, su experiencia en defenderse a sí mismo se expandió hacia su voluntad por defender a otros trabajadores, tanto dentro como fuera del sindicato. Vallejo entró a la política: a la sindical y a la "política/política". Ambas se alimentaron mutuamente en él durante toda su vida.

Líder obrero socialista

Demetrio Vallejo fue un eterno inconforme frente a lo que percibía como injusto. Su participación como sindicalista radical lo acercaría, tarde o temprano, a los partidos políticos y a grupos sindicales que operaban en el Sindicato Ferrocarrilero. Muy joven, en 1934, se afilió al Partido Comunista Mexicano (PCM), casi como producto de una casualidad. Ocupaba un interinato del Ferrocarril del Istmo de Tehuantepec en el pueblo de Jesús Carranza, donde por iniciativa propia comenzó a enseñar a leer y escribir a algunos campesinos del lugar. Este contacto con la comunidad lo llevó a conocer a un líder campesino de filiación comunista, don Eulogio Ortiz, quien encabezaba la resistencia contra el cacique local llamado Francisco Andrade. Ortiz se ganó el respeto de Demetrio, y éste lo ayudó a esconderse de un grupo de pistoleros que lo perseguía. Hicieron amistad y aún cuando Vallejo retornó a Coatzacoalcos al final de su interinato, mantuvieron el contacto. Ya instalado Demetrio en Coatzacoalcos, Ortiz lo invitó a una reunión del PCM, en apoyo a trabajadores petroleros, en la que participaría la dirigente nacional Consuelo Uranga, integrante del Comité Central del partido. Después de las

[13] Andrea Spears, When *We Saw the Fruit o fur Labor, We Swelled with Pride: Community, Work, and Resistance on the Natoinal Railways of Mexico, 1940-1946*, p. 313.

conferencias, Uranga invitó a Vallejo a integrarse al PCM y él aceptó.[14] El Partido Comunista era el único partido que prometía un porvenir radicalmente distinto a los trabajadores: la idea de luchar por una sociedad sin explotación, y el discurso de que dicho tipo de patria no era un sueño, sino que existía, pues se estaba consolidando ya en la Unión Soviética, lo sedujeron. Vallejo se asoció de esta manera con activistas políticos radicales, comunistas, dentro del Sindicato Nacional, recién constituido, y esto amplió sus miras y contribuyó a que él mismo se sintiera parte de esta lucha común. Su formación teórica, en la provincia sureña, se limitó a la literatura del partido y a las pesquisas que hizo de manera independiente. Demetrio fue un autodidacta de toda la vida. Los nombres de sus hijos, por ejemplo, los tomó de sus lecturas: el primogénito, Lagardere, el segundo, Hadmed, la tercera, Aurora, el cuarto, Abdisamet, el quinto, Fernely y el sexto Armando. Demetrio quería ser diferente.

En los años cardenistas, cuando la represión anticomunista del callismo había menguado, Vallejo busca y logra afiliar, de manera paulatina, a grupos de trabajadores a su partido. Lo hizo con la paciencia del organizador nato que era, entre trabajadores petroleros y ferrocarrileros, principalmente, pero también con refresqueros e incluso con trabajadores de la construcción. Asesoró, sin cobrar un solo peso, a otros trabajadores cuando éstos tenían algún conflicto laboral, lo cual era su "especialidad". En 1937 ocupó la Secretaría de Organización en el Comité de la Federación de Trabajadores del Sur de la CTM en Veracruz. Por iniciativa suya comienza a editarse un periódico al que titula, significativamente, *Lucha*. En dicho medio se critica con dureza a las autoridades locales de Coatzacoalcos, lo que le genera simpatías entre los pobladores pobres y entre las clases medias de la ciudad. También incursiona en la política electoral, al apoyar a candidatos de la CTM para ocupar diputaciones, la presidencia municipal y la gubernatura del estado de Veracruz, frente a los caciques locales.

También participó, con poca suerte, en la disputa por la presidencia municipal de Coatzacoalcos en varias ocasiones, pero incluso cuando su candidato obtuvo el triunfo, éste se revirtió, porque el candidato, "un tal Ramos", prefirió aliarse al gobierno de la entidad y luchó contra los comunistas.[15] Otro caso relevante fue el apoyo que brindaron Vallejo y su grupo en

[14] El relato proviene de Begoña Hernández y Lazo, *op. cit.*, pp. 54-55. Hernández y Lazo a su vez cita una entrevista extensa realizada por Elena Poniatowska a Demetrio Vallejo, entre el 1 de junio al 4 de agosto de 1972, cuya transcripción abarcó 541 páginas y se utiliza ampliamente en la biografía de Vallejo de la autora (ver nota 1).
[15] *Ibid.*, p. 60.

Coatzacoalcos a un candidato independiente, Camilo Ordaz, para que llegara a la presidencia municipal, en contra del conocido cacique Amadeo González Caballero, cercano al futuro procurador general de la República, Fernando López Arias. Cabe destacar que el abogado González Caballero, junto con Miguel Alemán, primo suyo y futuro presidente del país, años después, en específico en 1959, desempeñarían papeles importante en la consignación de Vallejo ante las autoridades, como culpable del delito de "disolución social".

Vallejo y otros ferrocarrileros organizaron brigadas para defender las urnas y resistieron la presión de los pistoleros. Los ordacistas y vallejistas logaron quedarase con las urnas hasta que intervino el ejército en la localidad, y a esta instancia se las entregaron. Horas después, el ejército las entregó al Ayuntamiento, donde se consumó el fraude, ante la ingenuidad e impotencia de los trabajadores. Camilo Ordaz abandonó el barco y la lucha de sus propios seguidores. Se fue a su rancho, que por añadidura se llamaba, nada menos que, "La Chingada".[16]

A lo largo de la década de 1940, la militancia comunista en Veracruz y en el resto del país deja de contar con la vigilancia condescendiente del cardenismo y da un vuelco hacia la represión anticomunista, característica de la Guerra Fría, iniciada durante la gestión de Manuel Ávila Camacho, misma que se recrudece durante el gobierno de Miguel Alemán. En 1945 Vallejo se encontraba ocupando el puesto de secretario del Comité regional del PCM en Veracruz, hasta que, junto con Valentín Campa, quien era el dirigente de mayor experiencia y otros integrantes de la fracción comunista de los ferrocarrileros, fue expulsado del partido. Es importante anotar que el movimiento comunista sufrió un proceso de desintegración interior y de purgas y defecciones de muchos militantes, no sólo por los ataques externos, sino también por las políticas de compromiso entre clases, exactamente en el sentido inverso de la orientación *dura* del gobierno. El PCM había suscrito la fórmula "Ni con Calles ni con Cárdenas" en la elección de este último a la presidencia, y en cambio brindó su apoyo a Miguel Alemán, cuando éste fue seleccionado como aspirante a la presidencia por el PRI, con el argumento de que se requería buscar la "unidad nacional." Alemán, por supuesto, quería la unidad con todos, menos con los comunistas.

Errores de esta magnitud cobraron su cuota al interior del partido. En el terreno sindical, este giro se refleja, por ejemplo, en el cambio que sufrió el lema de la CTM, que pasó de ser: "Por una sociedad sin clases" al de "Por la emancipación de México", aprobado por instancias de

[16] *Ibid.*, p. 73.

Vicente Lombardo Toledano, en 1947. Los expulsados del PCM, entre los que se encontraban Valentín Campa y Hernán Laborde, además de un grupo de opositores a la política entreguista de la dirección, decidieron formar una organización política paralela. Primero fue la Acción Socialista Unificada, misma que en 1951 se convirtió en el Partido Obrero Campesino de México, el POCM.

Con más cautela, y creciente ambivalencia hacia los partidos, Vallejo no se desanima y continúa su trabajo de organización obrera, en particular entre trabajadores petroleros y dentro del sindicato ferrocarrilero, que ahora se encontraba dentro del POCM, al que se une por la autoridad que ejercían entonces Campa y otros ferrocarrileros comunistas dentro de la oposición al charrismo. Era un momento de repliegue. Es significativo que la membresía oficial del PCM haya pasado de 812 integrantes, en 1938, a 77 en 1945, a menos de una décima parte del año de la nacionalización del petróleo.[17] Esta caída es espectacular, y resulta apenas más notable que la de la afiliación total del partido, que habría pasado de 19 474 militantes en 1938, a 3 775 en 1945. Es verdad que en el caso del sindicato ferroviario, una parte del grupo del PCM se había trasladado al POCM, pero sin duda la militancia había descendido abruptamente en número para ambos grupos. Desde el POCM se lanzaron en forma sistemática llamados a la reunificación de los dos partidos, cuyo saldo fue, al menos, la coordinación para la actividad sindical, en la que había convergencia de miras. ¿Cómo se puede comprender entonces el tránsito entre este nivel de debilidad organizativa de la izquierda sindical en la segunda mitad de la década de 1940 y el ascenso del movimiento ferrocarrilero de 1958?

Demos primero un paso atrás. Cada segmento de la clase obrera construye una identidad propia, dentro del contexto general de la formación del proletariado nacional. Los ferrocarrileros mexicanos surgen como sector independiente en forma tardía, sobre todo si se le compara con las viejas industrias, como la textil o la minera, que tenían siglos de existencia cuando los primeros contingentes de trabajadores del riel luchaban contra la orografía de México para fijar sus rutas sobre la extraordinariamente accidentada superficie de su suelo, sus pendientes y sus claros, hacia el último tercio del siglo XIX. Y ya cuando locomotoras y vagones transportaban mercancías y personas sobre aquellos rieles, una comunidad nueva de trabajadores, desplegada a lo largo de las

[17] Barry Carr, *Marxism and Communism in Twentieth Century Mexico*, pp. 53, 138-139 y 181. Los datos provienen del Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Socialista (CEHMOS).

líneas, relativamente dispersa, aprendió nuevos oficios y se adaptó al ritmo de vida de la compleja y precisa maquinaria del ferrocarril, sus horarios, sus necesidades de respiro y mantenimiento, de carga y descarga. La industria ferroviaria había sido importada casi en su totalidad, primero de Inglaterra y más tarde de Estados Unidos, que ya para el nacimiento del siglo XX representaban más del 80 % de las líneas. Como es natural, con la llegada de las inversiones estadounidenses, llegaron también sus formas culturales, y en lo que respecta a nuestro tema, el personal técnico y administrativo calificado, que trajo a México la tradición gremial de su país de origen, las poderosas fraternidades gremialistas (*brotherhoods*), orgullosas, racistas, religiosas y eficientes en el manejo de cuotas y de negociaciones con los patrones, y conocedoras de su fuerza colectiva. Estas fraternidades proporcionaron a los ferrocarrileros mexicanos algunos de los primeros elementos de educación política y síndica; a los que se sumó la tradición local del Partido Liberal de tintes anarquistas, pero las Fraternidades fueron mucho más cercanas, como puede observarse en el ya clásico trabajo histórico del Marcelo Rodea.[18] Las fraternidades les ofrecieron a los jóvenes ferrocarrileros el ejemplo del valor del sindicato, aunque paradójicamente en muchos casos no les permitieron formar parte en sus filas. Fueron los diferentes gremios de especialidades del ferrocarril, como mecánicos, fogoneros, caldereros, trenistas, los primeros en conquistar condiciones de trabajo relativamente holgadas para su tiempo, desde jornadas hasta jornales, superiores a la media de otras industrias, aún antes de la Revolución mexicana. Con el arribo de ésta, que en buena medida se llevó a cabo "sobre trenes", las conquistas sindicales se multiplicaron. Ello sucedió, al menos en parte, porque el personal calificado se volvió simultáneamente escaso y estratégico, a contracorriente de la crisis económica de las empresas ferroviarias, que se volvería crónica.

A principios de la década de 1930 se forman los primeros sindicatos únicos de industria en México, impulsados por el impacto de la Gran Depresión y por la voluntad del régimen para crear una poderosa Confederación Nacional aliada a sus políticas. Así nació el Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros de la República Mexicana (STFRM), en noviembre de1932, bajo el auspicio de la política de fomento a las organizaciones sindicales unitarias por rama industrial, impulsadas por el nuevo régimen posrevolucionario. El STFRM no eliminó la tradición gremialista anterior, con sus demandas económicas particulares y sus celos por especialidad, pero

[18] Marcelo N. Rodea, *Historia del movimiento obrero ferrocarrilero en México (1890-1943)*.

proyectó su fuerza y atrajo necesariamente la atención del gobierno para mantener al organismo bajo su control, hasta donde fuera posible, lo cual logró con algunas intermitencias. Estos antecedentes ayudan a comprender la peculiar sensación de poderío y orgullo que habían alcanzado los ferrocarrileros como comunidad, en sus escasas ocho décadas de existencia sindical organizada.

De la década de 1920 a la de 1950, dos procesos amplios y contradictorios caracterizaron la recuperación de México después de la Revolución: por una parte, la estabilización económica, y a partir de ella el crecimiento económico, se habían vuelto prioridades impostergables para el nuevo Estado. Sin crecimiento económico ningún otro proyecto político podría haber resultado victorioso. Por la otra parte, el segundo proceso, consistía en cumplir –al menos en parte– las demandas de quienes habían realizado y peleado en la Revolución resultaba igualmente necesario para las élites gobernantes. Ningún gobierno posrevolucionario podría haber alcanzado, así sea una módica suma de hegemonía, sin cumplir con los dos componentes mencionados: crecimiento y reformas sociales profundas.

Los ferrocarriles se encontraban en le centro de ambos procesos, tanto en el del desarrollo económico como en el de las reformas sociales, de tal suerte que de manera inevitable aparecerían como temas dentro del campo de batalla político. Dada la naturaleza de la geografía mexicana –geografía es destino– el desarrollo económico de México ha sido en buena medida, históricamente, una función de la mejora en la eficiencia de los transportes. Hasta antes de la introducción de los ferrocarriles México apenas podía exportar algunas mercancías, lo que limitaba incuestionablemente su desarrollo económico, como advirtieron los liberales de todos los matices después de la Independencia. Esto cambió hacia fines del siglo XIX, con la rápida y progresiva llegada de los ferrocarriles durante el porfiriato. Como advirtió John Coatsworth, hace ya varias décadas: con los ferrocarriles el costo del transporte de carga se redujo a menos de una décima parte de los niveles anteriores a la introducción de los rieles.[19] Ello representó un fuerte impulso para el sector moderno de la economía de México.

Pese a la importancia de los ferrocarriles para impulsar el crecimiento económico, su rentabilidad fue, de manera recurrente, un tema delicado. Aunque algunas líneas privadas fueron

[19] John Coatsworth, "Obstacles to Economic Growth in Nineteen Century Mexico", en: *The American Historical Review*, vol. 83, núm. 1, febrero, 1978.

siempre rentables, como la Southern Pacific of Mexico, por ejemplo, otras no, y esto orilló al propio Porfirio Díaz y a su secretario de Hacienda, José Yves Lymantour, a iniciar un proceso de nacionalización en el que concurrieron los intereses privados. Este proceso se expresó en la creación inducida, hacia 1908, de la empresa estatal Ferrocarriles Nacionales de México. La nacionalización pactada se tradujo en la transformación de la deuda privada de las compañías extranjeras no rentables en deuda pública, lo que se traduciría en una carga a largo plazo para el ferrocarril. Lázaro Cárdenas profundizó el proceso de nacionalización ferrocarrilera en 1937, a la par que aprobó la Administración Obrera de los Ferrocarriles, que resultó una carga monumental para los trabajadores, y se suspendió veinte meses más tarde, con un saldo negativo para la unidad del sindicato y ningún respiro a la salud económica de los ferrocarriles.

Así las cosas, los FNM vivieron un periodo de crisis económicas cíclicas a lo largo del siglo XX. Primero, con la Revolución mexicana, sufrieron de destrucción del equipo a gran escala; luego, tras una recuperación que corría en paralelo con la normalización del comercio en la República, sobrevino la Gran Depresión, que recortó en forma abrupta el flete y se llevó consigo más del 30 % de los puestos de trabajo. La Gerencia y uno de los sucesivos Comités de Reorganización, como señala Ortiz Hernán, no sólo despachaban los trenes, sino que recortaban los puestos de trabajo.[20] Por fortuna, la Depresión duró poco, y el siguiente periodo se vio favorecido por una demanda creciente asociada a la industrialización local, y otra demanda extraordinaria, derivada del estallido de la Segunda Guerra Mundial, que hizo de los FNM un vínculo estratégico para la provisión de materias primas hacia la economía de guerra estadounidense. De allí se desprendió la intervención de Estados Unidos en los esfuerzos para elevar la productividad de la empresa a inicio de los años 1940, mediante la creación de una "Misión técnica", cuyos esfuerzos tuvieron más éxitos que limitaciones.

Dadas las condiciones de emergencia económica, los trabajadores redoblaron esfuerzos, ampliaron sus jornadas y "sudaron con orgullo", como indica Andrea Spears. La plantilla creció en más de un 20 %, para hacer frente a las necesidades extraordinarias. Pero lo extraordinario cesó. La II Guerra terminó y la demanda externa cayó. La etapa siguiente implicó de nuevo una presión para la reducción de la plantilla que se puede comparar con el impacto de la Gran Depresión de la década anterior. La situación para la Gerencia era semejante también: debía

[20] Sergio Ortiz Hernán, *Los ferrocarriles de México. Una visión social y económica*, t. II, *La rueda rumorosa*, p. 165.

economizar en todos los renglones, recortar personal a toda costa, y frenar la presión para elevar los salarios, que representaban dos terceras partes de su gasto corriente. Para los trabajadores y para el sindicato la situación era exactamente inversa: buscaban defender tanto los puestos de trabajo como el salario, en una época de inflación.

Este sería el contexto general de las huelgas de 1958 y 1959. A lo largo de más de una década, los salarios se congelaron mientras los precios se elevaban, lo cual representaba una combinación perfecta para un choque de trenes. El gobierno de Miguel Alemán se propuso enfrentar el problema por la vía de doblegar al sindicato ferrocarrilero, que era uno de esos bastiones que pese a las difíciles condiciones en que se desenvolvía el movimiento obrero en la década de 1940, había opuesto una resistencia, a veces callada y a veces abierta, al sacrificio económico inducido por la política estatal. En 1942 y 1943 se produjeron varios paros para exigir aumentos salariales, pero las autoridades, cobijadas con la amenaza de la Segunda Guerra Mundial, contraatacaron con la anulación del Contrato Colectivo de Trabajo y su sustitución por una Circular, la GG-96, con la que se normaron las relaciones laborales en 1944 y 1945. Durante la gestión del gerente Manuel R. Palacios en la dirección de FNM (1946-1951) se planteó un nuevo reajuste de personal, que alcanzaría 12 000 plazas y la modificación parcial del CCT: "Supresión de pago de horas extra a los trenistas; desaparición de algunos departamentos; cancelación de permisos con goce de sueldo; creación de 500 plazas de confianza, entre otras medidas".[21] Por ejemplo, el 17 de junio de 1948, durante una reunión extraordinaria del Consejo de Administración, Palacios expresó: "La situación es crítica. Lo que se adeuda por facturas no ha podido pagarse porque todo lo consumen los salarios […] dentro de un mes y medio tendrá [la administración] que recurrir al gobierno para que facilite dinero […] desea que el Consejo se compenetre de la gravísima situación que prevalece".[22] Hay una cantidad abrumadora de menciones en este mismo tenor sobre la penuria financiera del ferrocarril, y una resistencia a recurrir al aumento tarifario como alternativa.

En efecto, hacia finales de la década de 1940 los ferrocarriles habían acumulado una deuda que resultaba impagable, con el esquema tarifario con el que operaba y con el equipo del que se disponía. Más de un estudio señalan que el precio del servicio de movimiento de

[21] Citlalli Esparza González, "Comentarios sobre la Historia del CCT de los FNM", en *Memorias del Tercer Encuentro de Investigadores del Ferrocarril*, p. 17.
[22] Archivo Histórico del CEDIF, Fondo: Junta Directiva, Asamblea extraordinaria núm. 32, 17 de junio de 1948.

mercancías era con frecuencia inferior al costo, sea por el interés de subsidiar el precio de la comida para los consumidores, sea para hacerlo a favor de los industriales, en particular de las compañías mineras, en su mayoría extranjeras.[23] El gobierno mexicano se encontraba atrapado. El presidente Miguel Alemán Valdés era el primer promotor de la inversión privada y no favorecía ni la elevación de impuestos sobre los ricos, ni la elevación del costo de las exportaciones y otros productos, que sería el resultado inevitable de la elevación de tarifas en las líneas férreas nacionales. Es por ello que todos los ajustes tarifarios se quedaron cortos, y el peso de la nómina sobre los costos de operación resultaba insostenible.

Así las cosas, el enfrentamiento con el sindicato era inevitable, y ahora se presentaría en una escala de proporciones nacionales, ya que por su naturaleza estratégica el tema de un conflicto salarial entre la administración de la empresa y su sindicato era, de inmediato, un asunto de política nacional.

Al frente de las huelgas de 1958 y 1959

El año de 1958, último de la presidencia de Adolfo Ruiz Cortines, registró una efervescencia de movimientos sociales convergentes con el de los ferrocarrileros. En febrero se vivió un paro nacional de telegrafistas, de cerca de 9 000 trabajadores que exigían 50 % de aumento salarial. Hubo apoyo a este movimiento por parte de telegrafistas extranjeros, y después de 16 días de paro, obtuvieron un aumento significativo. En marzo, el mismo movimiento se plantea formar un sindicato independiente al sindicato charro de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, al que pertenecían. El 10 de abril, la dirección charra del sindicato petrolero acepta prorrogar por un año la revisión de su contrato colectivo, lo que genera molestia y resentimiento en la base. El 12 de abril un amplio contingente de profesores de la sección IX del sindicato de maestros, ligados al Movimiento Revolucionario del Magisterio (MRM), encabezado por el maestro comunista Othón Salazar, son desalojados del Zócalo, donde realizaban un mitin de protesta. Una semana después se organiza una gran manifestación de maestros que exigen castigar los actos de represión y un aumento salarial del 40 %. Para presionar en la resolución de sus demandas, se propone un nuevo plantón de profesores en los patios de la Secretaría de Educación, para el día 30 de abril, en vísperas de la manifestación obrera del 1 de mayo. En forma paralela, y también

[23] Santos Bárcena, *La realidad de los ferrocarriles de México*, Ediciones el COCO, México, 1958, p. 45.

asociado al desfile del Día del Trabajo, al que son convocados, representantes sindicales de varias secciones de la República concurren a la Convención Ferrocarrilera en la que se discute el aumento de salarios para el STFRM.

Ya en las deliberaciones de la Convención Ferrocarrilera, que por tradición reunía a los delegados de todas las secciones del interior, se discute y aprueba la creación de una Comisión, que se bautiza como: "Gran Comisión Pro Aumento de Salarios", encargada de realizar estudios técnicos sobre el alza del costo de la vida. Estos estudios permitirían negociar el mejor aumento posible. Vallejo formó parte de esta Comisión como delegado de su sección, la número 13, de Matías Romero. La Gran Comisión concluye demandar un aumento salarial de 350 pesos de cuota fija por trabajador. Sin embargo, la Convención elije a una Comisión *oficial*, presidida por el secretario general Samuel Ortega, que desconoce en los hechos el trabajo de la Gran Comisión y decide solicitar sólo 200 pesos de aumento, cosa que ocurre en una reunión con el gerente Roberto Amorós. La Gerencia escucha la demanda y comete un error que resultaría estratégico: solicita una prórroga de 60 días para dar respuesta a la demanda.

Los miembros de la Gran Comisión retornan molestos a sus secciones, por habérseles excluido de la discusión con la Gerencia y, sobre todo, haberse descartado su propuesta de 350 pesos de aumento. En buen número de secciones se informa de las gestiones, de la promesa de la empresa de estudiar la demanda de 200 pesos, y de la exclusión de la propuesta de la Gran Comisión por parte del Ejecutivo. Los trabajadores volvieron refunfuñando a sus casas.

Sin embargo, en el caso de la sección 13, la información no se quedó sin réplica. A propuesta de Vallejo, se procedió a desconocer a los representantes locales por haber permitido el engaño, la disolución formal de la Gran Comisión y el abandono de su propuesta. También se decidió plantear la exigencia al Comité Nacional de pugnar por el aumento de 350 pesos y se planteó unificar a todas las secciones del sureste en torno a esta propuesta. El nuevo Comité de Matías Romero tramita el reconocimiento del Comité Ejecutivo Nacional (CEN), sin recibir respuesta. Vallejo viaja la ciudad de México y propone en la reunificación de la Gran Comisión y el reconocimiento de las nuevas autoridades seccionales, electas en asamblea. Mientras tanto, las movilizaciones magisteriales logran llamar la atención del presidente, quien el 15 de mayo –día del maestro– promete atender las demandas salariales de los normalistas. Dos semanas más tarde se otorga un aumento de 150 pesos para todos los profesores. El 6 de junio una

manifestación de maestros agradece el apoyo popular y al presidente el aumento. Por estas fechas se produce un acercamiento personal entre Vallejo y Othón Salazar, no sólo como militantes comunistas, sino como líderes sindicales.

De regreso a Matías Romero, Vallejo hace la propuesta de llevar adelante un plan (a la postre denominado "Plan del Sureste"), orientado a presionar al resto del sistema ferroviario y a la empresa, sin atravesar por el cuello de botella del CEN, que cortaría toda iniciativa. El 11 de junio, en asamblea general, la sección 13 acuerda dar un plazo a la empresa hasta el 26 de junio para otorgar el aumento salarial, con la amenaza de que de no hacerlo se iniciaría una ola de paros progresivos, de dos horas el primero, que crecerían en dos horas más cada día, hasta llegar al paro total. El día 12 de junio, día histórico por sus consecuencias, se envía un telegrama a las secciones hermanas con los acuerdos de la asamblea de Matías Romero. De inmediato se movilizan comisiones para hacer campaña en favor del cumplimiento del acuerdo de iniciar paros el día 26. Las secciones 25 (Tierra Blanca), 28 (Veracruz), 12 (Jalapa) y 21 (Puebla) llegan a un consenso y deciden promover el "Plan del Sureste". La sección 22 (Oaxaca) responde positivamente. Se desata una corriente a favor de la movilización. El mensaje corrió como "reguero de pólvora", diría Vallejo mucho más tarde. Los charros, inocentes del descontento profundo y del eco del Plan, confían en su desgaste. El 24 de junio una Comisión Ejecutiva, que ya encabeza Vallejo, constituida por representantes de las secciones antes mencionadas, más el importante complemento de dos secciones del Distrito Federal (la 15 y la 17) presentan una carta al director Amorós, quien señala que quiere la presencia de Samuel Ortega para dialogar. No llegan a ningún arreglo.

El 26 de junio, puntuales como ferrocarrileros en ruta, en punto de las 10 horas, comienza un paro general de dos horas en todo el sistema ferroviario. ¡Un éxito en toda la extensión de la palabra! El 27 de junio el paro crece a cuatro horas. Se realizan pláticas con el director. El 28 de junio el paro crece a seis horas. El director propone 180 pesos de aumento. La Comisión lo rechaza, pero reduce su petición a 250 pesos. Ese día hubo manifestaciones de protesta en favor de los ferrocarrileros por parte de los otros sectores movilizados: telegrafistas, electricistas, maestros y petroleros de las secciones 34 y 35. El 29 de junio el paro crece a ocho horas, un turno completo. No hubo negociación. La tensión sigue en aumento. El 30 de junio el paro dura diez horas. La demostración de disciplina es notable. El 1 de julio el paro es de doce horas. El

sindicato entero es un huizache. La Comisión encabezada por Vallejo se reúne con el presidente Ruiz Cortines, quien propone mediar la distancia entre los 180 y los 250 pesos, para llegar a la cifra de 215.

Según memorias posteriores, ante la propuesta presidencial Vallejo propone la posibilidad de consultar a las asambleas seccionales si se aceptaba o no la oferta. Ruiz Cortines lo niega de manera enfática. Entonces Vallejo solicita consultarlo con la Comisión, y así se hace. El resultado era seguro: se trataba de un aumento de alrededor del 50 % para los salarios bajos, pero el gesto de la necesidad de consultar era muy importante. Indicaba la diferencia entre el charrismo y la democracia. Ese mismo día se suspendieron los preparativos del paro para el siguiente y en cambio en la noche se llevó a cabo una eufórica fiesta de alegría entre los ferrocarrileros y sus comunidades. Vallejo fue llevado en hombros a la estación de Buenavista y su leyenda comenzó a adquirir forma. Por estos días, en distintas secciones del sistema, se escribieron varios corridos en su honor. Pero la tarea estaba inconclusa: había que formalizar la conquista dentro del sindicato.

El 2 de julio los comisionados acordaron convocar a una nueva convención del STFRM, que estaría compuesta por las nuevas direcciones de las secciones, las cuales, una tras otra, habían seguido los pasos de la sección 13 y sustituido a sus representantes locales. El 14 de julio, la VI Convención del sindicato elije un nuevo CEN con Vallejo a al cabeza. Mandan una nota a la Secretaría del Trabajo y emplazan al antiguo CEN para que entregue el edificio y la administración. Pero ni la empresa, ni el CEN, ni la Secretaría del Trabajo respondieron en forma positiva. Había que retornar al mecanismo de presión que había probado su eficacia: los paros. Entonces, exactamente un mes después del éxito anterior, el 26 de julio, los trabajadores emprenden un nuevo paro de dos horas, a fin de que se reconozca el nuevo CEN. La Secretaría de Gobernación interviene y propone negociar sobre la base de que no se realice ningún paro. Los vallejistas aceptan, pero al no producirse ninguna propuesta, deciden reanudar los paros el día 1 de agosto, por cuatro horas. La Secretara del Trabajo declara ilegales tanto a la VI Convención como a sus delegados. El 2 de agosto el paro incrementa su horario a seis horas. Por la tarde, policías y soldados irrumpen en las instalaciones de las secciones del Distrito Federal, y regresan los locales a los antiguos representantes charros, como un nuevo *charrazo* al estilo de 1948.

En respuesta, Vallejo y su grupo llaman al paro total. La mayoría de los trabajadores lo secunda. Del 2 al 6 de agosto se mantiene la huelga por la defensa al derecho de elegir a sus propios dirigentes. Finalmente, el 7 de agosto se produce el retorno al trabajo sobre la base de un acuerdo para realizar elecciones entre la planilla de Vallejo y la que decidieran los charros. El saldo de esta segunda victoria, sin embargo, no fue blanco: el 2 de agosto tres trabajadores perdieron la vida: Andrés Montaño, Rafael Alday y Leopoldo Álvarez. El 4 de agosto la policía detuvo a unos 200 ferrocarrileros. El voto a puerta de cada taller, estación o centro de trabajo se llevó a cabo bajo la supervisión de la Secretaría del Trabajo. En un cierto punto se pretendió suspender el proceso, dada la abrumadora mayoría de votos para Vallejo, pero entonces sus seguidores insistieron en completar el involuntario plebiscito, programado para finalizar el 22 de agosto. Las cifras oficiales hablan de casi 60 000 votos ¡contra nueve! de la planilla de los charros. Esta votación individual no solicitada daría una autoridad inmensa al nuevo CEN, que toma posesión el 27 de agosto. De nueva cuenta, el entusiasmo fue enorme. La leyenda de Vallejo crecía.

Tomemos el caso de la sección 2, de Aguascalientes. Tras la victoria electoral del 22 de agosto, Vallejo decide hacer una gira por todas las secciones del sistema; después de todo, hasta hacía unos cuantos meses él sólo era un activista radical en Oaxaca. Aguascalientes fue la primera sección que visitó. Allí se planeó un mitin que se llevaría a cabo en la plaza de toros de San Marcos. Su llegada estaba programada para las seis de la tarde, pero desde un par de horas antes miles de ferrocarrileros empezaron a concentrarse alrededor de la plaza, y la curiosidad llevó también a otros, como un grupo de campesinos del ejido de Caña Honda, jóvenes normalistas de las escuelas de San Marcos y Justo Sierra, en Zacatecas; obreros de las fábricas de la ciudad, familias enteras de los rieleros, entre otros muchos. La espera fue larga, de más de seis horas, "pero el ánimo no decaía". A su llegada, Vallejo fue llevado en hombros por varias calles hasta el recinto taurino. "Todos los presentes queríamos abrazar o cuando menos estrechar la mano de aquel hombre de baja estatura física, pero al que veíamos como un gigante".[24] El discurso de Vallejo fue sencillo y directo al grano. "Las luchas obreras no las ganan los dirigentes, sino todos los trabajadores unidos", expresó. Luego detalló lo que sería su programa a seguir:

[24] Ramón Báez Esquivel, *El movimiento vallejsita en Aguascalientes*, p. 82.

> 1) convertir al sindicato en una organización apartada de la política, 2) reducir al mínimo las cuotas sindicales, 3) reestructurar la cooperativa única para que cumpla con las labores sociales para las que fue creada, 4) reducir los sueldos de los representantes sindicales de acuerdo con las circunstancias, 5) renovar totalmente los estatutos sindicales, 6) buscar la forma de que los jubilados cuenten con voz y voto, 7) obtener nuevas conquistas en la próxima revisión de contrato, 8) buscar la forma de desaparecer los servicios especiales de investigación de la empresa, 9) entablar la lucha permanente contra la carestía de la vida.[25]

La asamblea multitudinaria terminó después de la una de la mañana. El mito de Vallejo era un hecho consumado.

Tras el éxito de los dos movimientos anteriores, el aumento salarial, primero, y el respeto a la sustitución de los dirigentes charros, después, el STFRM y su nueva dirección sindical tenían que preparar la revisión anual de contrato colectivo correspondiente a 1959. No hubo tiempo para el respiro. Muchos problemas atrasados de violaciones al contrato se agolpaban, y grandes expectativas se habían creado entre las bases movilizadas. Una característica notable en la preparación de la demanda de revisión contractual fue la minuciosa recopilación de las demandas particulares, con el sello de Vallejo como sindicalista radical al frente del proceso. En el Centro de Documentación e Investigación Ferroviarias (CEDIF), ubicado en la ciudad de Puebla, en los que fueran los patios del Ferrocarril Mexicano, y que ahora albergan al Museo Nacional de los Ferrocarriles Mexicanos, se encuentran tanto los pliegos de las detalladas peticiones de revisión de cláusulas de los contratos colectivos por parte del sindicato, como las respuestas de la empresa. El tono de las peticiones de reparación de violaciones al contrato está notoriamente influenciado por las victorias democráticas y por las características de la nueva administración sindical vallejista. Se señalan con precisión un sinnúmero de violaciones relativamente "menores" y se exige su reparación. Por ejemplo, el sindicato refiere que algunas de las casas que proporcionaba la empresa para veladores estaban en condiciones "casi inhabitables"; en el caso de Talleres, se señala: "faltan filtros, ventiladores, lavabos, útiles de aseo"; y los baños se encuentran "en condiciones deplorables"; se producen reajustes de personal "sin discutir previamente con el sindicato la justificación del caso" (como preveía el contrato), lo que planteaba exigir "el cese cuanto antes de esta práctica viciosa". En relación con los servicios

[25] *Ibid.*, p. 83. Es interesante que este programa volvería a aparecer doce años más tarde, tras la salida de Vallejo de Lecumberri y se formara el Movimiento Sindical Ferrocarrilero (MSF), como veremos más adelante.

médicos, el sindicato se queja de la falta de implementación de procedimientos científicos modernos, de ausencia de materiales quirúrgicos, medicinas, instrumentos científicos, y exige un "tratamiento humano" a los enfermos. A estas y muchas otras peticiones "menores" se sumaba, desde luego, la demanda salarial propiamente dicha, que se había fijado en 16.66 % de aumento salarial al tabulador, obtenido previamente en la firma de la revisión de contrato de FNM, el 27 de febrero anterior. Por su parte, las empresas privadas niegan prácticamente la totalidad del tipo de violaciones descritas, con el estribillo: "La empresa ha venido cumpliendo estrictamente con lo estipulado en esta cláusula y por tanto se niega la violación y la reparación exigida".[26]

Pero lo más importante a tomar en cuenta es que una vez estalladas la huelgas de las empresas privadas en marzo, el gobierno decidió intervenir de inmediato en su calificación jurídica, declarándolas "inexistentes", con base en una sofisticada argumentación estudiada con anterioridad y preparada al menos desde febrero. Así, en primer lugar, la Junta de Conciliación y Arbitraje expresa, en su respuesta negativa al sindicato, que "el legislador, inspirado en la doctrina, sustenta el principio de que la huelga es un derecho de los trabajadores […] no tratándose de un derecho de la persona moral sindical". Esto, que suena muy pertinente y radical, tenía el claro propósito de objetar el que, para hacer válido el emplazamiento a huelga, era preciso que una asamblea sindical (la coalición de trabajadores, como acto preliminar) se realizase *con anterioridad al emplazamiento mismo*. Ahora bien, la entrega de la documentación del emplazamiento se fechó el 13 de marzo de 1959, y el acta de la asamblea que avalaba dicho emplazamiento era de *un día posterior*, del 14 de marzo, por lo que el "Ejecutivo emplazante" (el comité de Vallejo) –concluye la autoridad: "no satisfizo los requisitos internos que le impone la obligación estricta del procedimiento", y por lo tanto, "jurídicamente no hubo emplazamiento" y la huelga es declarada inexistente. Se levantaba de nuevo el garrote, que esta vez se utilizaría con todo vigor.

La argumentación no se detuvo allí. En segundo lugar, la Junta estaba preparada para ir aún más lejos en su justificación de la negativa a conceder legalidad de las huelgas. Mientras el sindicato justificaba el emplazamiento a huelga en la causal de "desajuste de los factores de la producción", a partir del alza de los precios, "que era del dominio público" y ello se traducía "en

[26] Biblioteca Especializada del CEDIF. Fondo: Amorós de Negre, Dos cuadernos empastados que relatan las vicisitudes de la revisión del contrato colectivo, ente el 2 de junio y el 10 de diciembre de 1959, compilación por el Licenciado Armando Beltrán B, p. 81.

la disminución del valor adquisitivo de la moneda y por ende del valor real de los salarios"; la Junta sostenía, en sentido contrario, que estas tendencias afectaban "a todos los órdenes de población", situación que resultaba ser "totalmente diversa a la que previene la ley". Para la Junta era preciso justificar causales que se aplicaran en sentido estricto *al centro de trabajo afectado* por el emplazamiento: sea un aumento o una disminución "de la potencialidad económica del patrón para con los trabajadores *a su servicio*".[27] ¡Patrañas!, ¡triquiñuelas legaloides! para declarar inexistentes las huelgas como una decisión de Estado.

Unos meses atrás, en agosto de 1958, inmediatamente después de la elección de López Mateos a la presidencia, Vallejo había hecho declaraciones a la prensa en el sentido de que si bien el presidente electo había tendido a ser parcial hacia los empleadores como secretario del Trabajo, no tenía necesariamente que continuar esa política como presidente. Vallejo ofrecía el beneficio de la duda al presidente electo. Ahora bien, ya durante la tirante negociación del emplazamiento de los FNM, en febrero de 1959, con dicha huelga declarada inexistente, con la ofensiva de la prensa en contra, y ante la disyuntiva de escalar los paros y movilizaciones o pactar una salida negociada, Vallejo tuvo una intermediación con López Mateos por conducto del licenciado Mario Pavón Flores, asesor legal del sindicato y su enlace directo con el presidente, que permitió levantar dicha huelga con un resultado positivo para el sindicato, como asentamos líneas antes: se obtuvo un aumento salarial del 16.66 % (mismo que debía aplicarse sobre el alza a la cuota fija concedido por Ruiz Cortines en junio anterior, de 215 pesos para cada trabajador activo y de 100 pesos al personal jubilado), así como concesiones en los rubros de servicio médico y vivienda. Es relevante precisar el efecto nivelador que el aumento de cuota fija representaba para el sindicato. El incremento de 215 pesos por trabajador se traducía en un aumento salarial mucho más importante para los oficios de los trabajadores con menor calificación y de salarios más bajos (que eran la gran mayoría como hemos mencionado atrás), y un porcentaje menor para los trabajadores de mayor especialización, como conductores, maquinistas o fogoneros. Ahora bien, era sobre este incremento que se aplicaría el 16.66 % obtenido en la revisión contractual, correspondiente al pago proporcional del séptimo día. Todo un éxito que, sin embargo, no habría de durar mucho tiempo, como no duraría tampoco la

[27] Todas las cursivas son del autor.

confianza de Vallejo y de los demás dirigentes, democráticamente elegidos, en la afable sonrisa de campaña del señor presidente.

Fueron estos antecedentes, acaso, los que permitieron a Vicente Lombardo Toledano, líder indiscutible del Partido Popular –quien podría ser calificado de muchas cosas pero *no* de ser un político ingenuo– justificar la intervención represiva por parte del Ejecutivo:

> Las ideas de que el gobierno que preside el licenciado López Mateos es un gobierno que representa sólo la continuación de las administraciones del Presidente Miguel Alemán y el Presidente Ruiz Cortines […] y que por tanto es un gobierno entregado al imperialismo yanqui, fue quizá la base teórica de la que se partió para la conducción de los conflictos ferrocarrileros. Nuestro partido, el Partido Popular, no comparte esa opinión.

Más adelante, Lombardo precisa, como una suerte de "ángel bueno", que para ellos "lo que está a discusión permanente no es saber la conducta del gobierno, sino *precisar nuestra conducta para ayudar a que la labor del gobierno* no salga del cauce de los principios del movimiento revolucionario".[28] En conclusión, según Lombardo, había sido por efecto de la manera equivocada en que se habían conducido las huelgas, que los responsables de las mismas orillaron a López Mateos a recurrir a la represión: "El gobierno se vio colocado con el paro indefinido de los ferrocarrileros en una situación difícil y actuó violentamente para reanudar el servicio", concluía, exonerando en estos términos al presidente.

En contrastee, para José Revueltas, el escritor y dirigente comunista, López Mateos había actuado "como un jugador de naipes tramposo, que había sacado el naipe de la amistad debajo de una manga", sólo para desatar más tarde "la mejor organizada, sistemática e implacable de las represiones en contra de la clase obrera, a la que pretendió escarmentar, de modo que no ofreciera dudas, con el aplastamiento brutal y minucioso de la huelga..."[29] Es clara la oposición de ambos autores en relación con la postura del gobierno frente al sindicato. Es verdad que tanto Revueltas como Lombardo consideraban que la dirección del movimiento ferrocarrilero había sido defectuosa y errónea, pero lo hacían desde trincheras opuestas. Una, desde el fuego amigo del Estado; la otra, desde la perspectiva de la organización de un nuevo partido comunista unificado ante el ascenso de las movilizaciones del año de 1958. La primera, con una molestia

[28] Vicente Lombardo Toledano, *La situación política de México con motivo del conflicto ferrocarrilero*, pp. 42-45.
[29] José Revueltas, "Los trabajadores ferrocarrileros restañarán sus heridas: ¡Nada ni nadie podrá vencer jamás a la clase obrera! (manifiesto), en *Obras completas*, t. 13, pp. 127-133.

condescendiente; la otra, con los dientes apretados, con la urgencia de conservar los avances logrados por los trabajadores del riel y la impotencia ante la magnitud del despliegue represivo.

Vallejo y sus seguidores en el Comité Ejecutivo habían afirmado una y otra vez ante sus bases que el gobierno sería incapaz de desatar la represión, por temor a la respuesta solidaria de los otros sectores de trabajadores movilizados: petroleros, maestros, telegrafistas, estudiantes también. Pero esta era una certeza que sólo se sostenía en sus convicciones, a fuerza de repetirla. Una vez que asomaron las bayonetas, mostró ser equivocada. Las protestas existieron, pero fueron menores para la magnitud del reto, salvo en algunas comunidades de ferrocarrileros, que fueron aisladas y apagadas progresivamente después. El Estado posrevolucionario mostró que contaba ya –a diferencia de lo que sucedió en la década de 1920 o 1930– con un apoyo institucional e ideológico muy poderoso. Los charros nacionales, organizados en el Bloque de Unidad Obrera (BUO), encabezado por la CTM de Fidel Velázquez, hicieron cruzada común en contra de los supuestos agitadores comunistas, y amenazaron con crudeza a las bases de sus sindicatos contra la posibilidad de que brindaran ningún apoyo activo, no digamos ya que parasen en solidaridad, con los bravos ferrocarrileros. La simpatía popular hacia el movimiento no tenía canales de expresión. Los partidos comunistas (el PCM y el POCM) revelaron su escasa capacidad de movilización y sus dirigentes fueron perseguidos y encarcelados. Los servicios de inteligencia del Estado habían madurado, los tenían vigilados y los atraparon con facilidad. Lombardo se hizo a un lado sin despeinarse. Las clases medias creyeron lo que les repetían los medios de comunicación y continuaron viendo la televisión. En cuanto a los charros locales desplazados por el movimiento democratizador, salieron de sus madrigueras, encabezados por Luis Gómez Z., y con todo el apoyo del aparato estatal, en el contexto de la histeria anticomunista de la Guerra Fría.

La campaña anticomunista

Con independencia de su aspecto económico, la Guerra Fría planteó una batalla ideológica sistemática, a lo largo y ancho de todo el hemisferio, contra todo aquello que tuviera tufo de comunismo. Se valió de los órganos de prensa, de la radio, el cine, la televisión para condenar el modo de vida soviético, al que juzgaba como un sistema que cancelaba la libertad del ser humano. Sindicatos, escuelas, empresas públicas y privadas, el deporte, la cultura, eran espacios

en los que se libraba esta lucha permanente de ideas. En este contexto, en el sindicato ferrocarrilero se distribuyó, en noviembre de 1959, un folleto anticomunista especialmente bien pensado, escrito y difundido de manera exhaustiva, bajo el paradójico y engañoso título de *La verdad*. Vale la pena detenerse en el análisis de este material, de 88 páginas, profusamente ilustrado con caricaturas alusivas al texto.[30]

La verdad está lleno de mentiras, pero lo interesante de este pasquín es que también contiene una buena cantidad de verdades. La confusa mezcla de verdades, verdades a medias y mentiras flagrantes se orienta a sostener la gran mentira del folleto, que consistía en afirmar que los movimientos de huelga y los paros en solidaridad realizados por los ferrocarrileros, para lograr mejoras salariales y el saneamiento de la dirección sindical, eran sólo la máscara de una conjura cuyo propósito no era otro que "derrocar al gobierno de la Revolución y sustituirlo por una dictadura comunista",[31] idea que se repite sin descanso en diferentes secciones del relato. Por supuesto, el tipo de "pruebas" que *La verdad* ofrece son meras afirmaciones tajantes como:

> Es evidente que el Partido Comunista Internacional (inexistente), al tanto siempre de las inquietudes de las masas populares, y particularmente obreras, de cada uno de los países en donde busca infiltración para sus teorías […] conocía sobradamente el descontento de importantes sectores de trabajadores de México, concretamente del ferrocarril [verdad] y conocía también, a no dudarlo, el descontento de los maestros, dirigidos por Othón Salazar, que estaban reclamando aumento de salarios y el desconocimiento de sus líderes [verdad]; sabía también del descontento existente entre los telegrafistas federales [verdad] […] no ignoraba tampoco que el pueblo de México estaba en proceso de elecciones [verdad] [y de allí saltaba a afirmar que en todo el país] se hizo sentir una psicología de violencia y de inquietud por algo que se suponía habría de suceder sin que se tuviera noción exacta de qué sería y cuando sucedería [mentira] […] [Y la respuesta del folleto era:] Se trataba de una conjura contra la patria, planeada y dirigida por el Partido Comunista [gran mentira].

El documento relata también momentos de intervención en la gestión sindical de algunos dirigentes comunistas, como Demetrio Vallejo y Valentín Campa. Al primero lo describe como "el Zar de todas las células rojas ferrocarrileras", sólo para subrayar sus supuestos fracasos. Menciona también una lista de otros dirigentes de izquierda, como Tomás Cueva, Luciano Cedillo, Zenón R. Velázquez, pero centra su atención y construye una imaginativa lista de

[30] Una parte de este apartado se toma de: Marcos T. Aguila y Jeffrey Bortz, "¡Con los dientes apretados! José Revueltas ante las huelgas ferrocarrileras de 1958 y 1959", en el libro coordinado por Edith Negrín, Alberto Enríquez Perea, Ismael Carvallo y Marcos T. Aguila, *José Revueltas: Un escritor en la tierra*, FCE, México, 2014.
[31] *La verdad*, folleto sin autoría, firmado al calce por cientos de nombres, p. 44.

agravios y adjetivos injuriosos en contra de Demetrio Vallejo: "el pelele Vallejo", se repite una y otra vez en el texto. Vallejo, ya por entonces encarcelado y destituido por vías fraudulentas de su puesto como secretario general del sindicato, es utilizado en múltiples caricaturas del folleto con el símbolo de la hoz y el martillo dibujado en la manga del saco a la altura del hombro de su brazo izquierdo, mirada de facineroso y sonrisa maquiavélica: "El pelele del Partido Comunista rió siempre con la sádica satisfacción vergonzosa del individuo que es movido con hilos invisibles y sin voluntad propia […]". La concentración de los epítetos y de las descalificaciones en contra de Vallejo era proporcional a la enorme popularidad alcanzada por él a partir de las jornadas del verano de 1958.

Ante lo que había sido una cuidadosa maniobra del Estado contra los ferrocarrileros, el folleto justificaba la represión con base en la supuesta conducción torpe del dirigente principal (acercándose a lo que afirmaba Lombardo), y sintetizaba en el sarcasmo: "Con los pies y con la lengua, pero jamás con el cerebro, manejó Vallejo la revisión de los contratos".[32] *La verdad* mentía de manera cínica al afirmar que Vallejo habría comprado los servicios de "intelectualoides" comunistas, "escritores, pintores, arquitectos, periodistas y hasta vedettes", así como de "técnicos en desórdenes y atentados, provenientes de lejanos países", quienes se habrían mudado al edificio sindical para tomar las decisiones por encima del Comité Ejecutivo y los demás funcionaros sindicales, en relación con el movimiento. Pese a todas estas mentiras, en su último párrafo, el folletín concluía sin sonrojarse: "*Esta es la verdad,* compañeros ferrocarrileros, recapaciten acerca de lo aquí relatado *con toda fidelidad*, y verán que no hay alteraciones u ocultaciones; adviertan que hemos sido engañados… ¿Seremos tan necios que aún los escuchemos?".[33] Los vallejistas deben haber leído este folleto con los puños apretados por la impotencia, con miles de camaradas suspendidos del trabajo y sus dirigentes genuinos en la cárcel. No hubo tiempo de un repliegue organizado. Al deshacerse de unos 10 000 trabajadores de un plumazo, FNM alcanzó su ansiada reducción de personal, beneficiosa para sus finanzas, pero con un sesgo ambiguo para la buena marcha del trabajo. El recorte forzado dejó fuera a un segmento no sólo políticamente combativo "que había operado como una suerte de cernidor, y

[32] *Ibid.*, p. 52.
[33] *Ibid.*, p. 88. Las cursivas son del autor.

dejado fuera a los mejores", según palabras de Salvador Zarco,[34] sino técnicamente necesario, lo que traería efectos negativos en la operación de FNM.

Claro está que no sería suficiente un folleto bien diseñado para destruir la autoridad de Vallejo. Hay innumerables testimonios en el sentido de su insobornabilidad, que fue una de las razones de su ascenso a la dirección del "Plan del Sureste" y después a la Secretaría General del sindicato. Se había transformado en un abogado laboral sin título. En buena medida fue necesario torcer la ley para poder mantenerlo encerrado por más de una década. Pero la autoridad moral de dirigente honesto nunca la perdió, pese a los ríos de tinta que corrieron en su contra. Durante el 2004, en una entrevista realizada por el historiador Robert Alegre a un trenista poblano católico, activo en el movimiento, Antonio Moreno, se estableció el siguiente diálogo:

> Alegre: ¿Era Vallejo marxista?; Moreno: Sí. Alegre: ¿Por qué lo seguía la gente entonces? Moreno: Porque era honesto […] Él peleó por el bien de todos. Él tenía sus ideas, pero no era un rebelde. Sus pensamientos eran puros. El compañero Vallejo hubiera sido el líder eterno, porque todos lo apoyaban. Nunca hizo tratos chuecos con la empresa, aunque ella ofrecía dinero a los líderes durante las revisiones de contrato. Era la costumbre.[35]

Con esta norma de conducta es natural que Vallejo se ubicara para los dirigentes charros locales y nacionales y para el propio gobierno que necesitaba líderes corruptibles y sumisos, no sólo como el enemigo a vencer, sino también a ensuciar y doblegar. No calcularon que el costo sería alto para ellos, pues se encontraron con la resistencia de un huizache.

La continuidad de la campaña anticomunista había permitido al gobierno extender sus garras hasta encarcelar a un buen número de líderes e intelectuales comunistas mucho después de la detención de Vallejo, como ya se ha señalado en párrafos anteriores. En junio de 1959 fue detenido Alberto Lumbreras, dirigente del POCM; en octubre de ese año cayó Miguel Arroche Parra, también dirigente del POCM; en mayo de 1960 se detuvo a Valentín Campa, quien pudo escapar por algo más de un año a la persecución en su contra, hasta que, según su testimonio autobiográfico, un compañero cometió la indiscreción de mencionar una reunión clandestina en presencia de un policía encubierto, y Campa fue detenido al presentarse ahí.[36] No es inútil aclarar, por otra parte, que entre los comunistas de la época, tanto intelectuales como José

---

[34] Salvador Zarco, presentación del folleto de Demetrio Vallejo, *Mis experiencias y decepciones en el Palacio Negro de Lecumberri*.
[35] Robert Alegre, *Railroad radicals in Cold War Mexico. Gender, Class and Memory*, p. 166.
[36] Valentín Campa, *Mi testimonio. Memorias de un comunista mexicano*, p. 258.

Revueltas o David Alfaro Siqueiros, como trabajadores como Campa o Vallejo, con grados diferenciados de escepticismo, tenían la necesidad de encontrar apoyo y certeza para sus creencias, en la existencia histórica del bloque socialista, en especial de la URSS, que ante sus ojos demostraba la justeza de sus luchas. Abundan los ejemplos. Tomemos al azar un escrito de José Encarnación Pérez Gaytán, miembro del Comité Central del PCM, quien fue apresado durante una de las redadas anticomunistas posteriores a la represión de marzo de 1958, por haber escrito artículos en favor del movimiento ferrocarrilero. En uno de sus alegatos frente a las acusaciones en su contra, en abril de 1964, estando ya preso, Pérez Gaytán afirmó que el verdadero motivo de la represión había sido:

> […] evitar que el comunismo cundiese […], ante el ejemplo vivo de la Revolución de Octubre, que dio al mundo el primer país socialista que pasa ya al comunismo completo: la Unión Soviética, que se anota brillantes victorias en todos los terrenos y el de la heroica Revolución Cubana, que ha venido a derrumbar el fatalismo geográfico […] [y demuestra la viabilidad del socialismo] […] no importa el sitio geográfico ni el grado de desarrollo social que ocupe […].[37]

Con palabras similares se pronunciaron en esa misma jornada de alegatos otros presos comunistas y sindicalistas ferrocarrileros, como Alejandro Pérez Enríquez y Valentín Campa, también miembros del Comité Central del PCM; Gilberto Rojo Robles, secretario de Organización del Comité vallejista, y Hugo Ponce de León, jefe de redacción de *Unificación Ferroviaria* antes de la represión. Por su parte, Vallejo afirmó: "si luchar porque no haya charros en los sindicatos y éstos sean independientes y no apéndices de las empresas y del Estado, como lo hice encabezando a los ferrocarrileros, es ser comunista, entonces yo soy comunista". La condena para 25 presos políticos del movimiento, según cuentas del año de 1964, ascendían a 218 años y diez meses de prisión, más 442 550 pesos de multa. De esta magnitud era la afrenta contra el sistema de control del movimiento obrero del régimen de "la Revolución hecha gobierno".

Es relevante asentar aquí que dentro de esta convergencia por defender sus derechos como presos políticos, se mantuvieron diferencias profundas entre los propios presos. La más dolorosa y notable es la que se desarrolló entre Demetrio Vallejo y Valentín Campa, no solamente los dos principales dirigentes ferrocarrileros de entonces, sino quizá los más importantes líderes obreros de la izquierda mexicana del siglo XX. Al parecer, el núcleo de sus diferencias dentro de la cárcel

[37] Varios autores, *Respuesta a una sentencia anticomunista*, pp. 47 y ss.

fue la decisión de ir al paro total en FNM en solidaridad con las huelgas de las empresas del Ferrocarril Mexicano, el SudPacífico y la Terminal de Veracruz, en marzo de 1959. Vallejo insistió en sus escritos que él no tomó dicha decisión fundamental, sino que la cuestionó, primero, y la acató, después, debido a que había sido supuestamente un acuerdo unitario de la junta de partidos políticos que participaban en el movimiento: el PCM, el POCM y el PPS, donde él no estuvo presente:

> Me pareció sumamente temerario el supuesto acuerdo de los tres partidos, cuyas razones para tomarlo sigo ignorándolas, pero es de suponerse que con los paros se trataba de forzar una solución rápida y favorable a las huelgas o convertirlos en el pretexto que andaban buscando para jalar el gatillo del arma de la represión, que desde hacía mucho tiempo que nos estaba apuntando […].[38]

Detrás de tal decisión estaría Campa. Años más adelante, ya fuera de prisión, declaró en una entrevista que Campa "fue uno de los principales responsables de la represión".[39] Creemos que se trata de una interpretación equivocada. Dada la dinámica de los movimientos huelguísticos anteriores y el envalentonamiento de la masa de trabajadores, parecería prácticamente inevitable llegar al paro total, como había ocurrido con éxito en agosto de 1958. Al mismo tiempo, como quedaría claro por el ambiente político que siguió a la represión de abril de 1959, los núcleos de trabajadores y sindicalistas simpatizantes del movimiento ferrocarrilero fueron incapaces de organizar una respuesta significativa contra el gobierno. La debilidad principal de esta interpretación es que pone el acento en las diferencias internas de la dirección sindical y no en la responsabilidad del Estado, que optó por la represión. La pregunta sobre lo que hubiese podido ocurrir en caso de un rápido repliegue de la dirección sindical vallejista, queda en el terreno de la especulación. No así el efecto negativo para la organización de la izquierda sindical y socialista de la ruptura entre estos dos grandes luchadores, Vallejo y Campa, que no se hablaron en prisión por más de una década.

En épocas de paz relativa, como lo recogen los informes políticos de la Dirección Federal de Seguridad, los comunistas trabajaban por hacer proselitismo a partir de conferencias y mítines durante fechas conmemorativas, o simplemente como medios de educación hacia simpatizantes. En una conferencia de un líder minero, Agustín Guzmán V., y sus impresiones de un viaje

[38] Demetrio Vallejo, *Las luchas ferrocarrileras que estremecieron a México*, 7 de noviembre de 1964, reproducido en *Obras de Demetrio Vallejo*, *op cit.*, p. 230.
[39] "FFCC: Habla Vallejo", en revista *Punto Crítico*, núm. 10, 1 de octubre de 1972.

reciente a la Unión Soviética, en febrero de 1951, refiere el informante de la Secretaría de Gobernación cómo Guzmán aseguraba que el progreso económico de la URSS no tenía paralelo en el mundo, además, señalaba cómo "los sindicatos y el Estado derramaban sobre el pueblo trabajador de Rusia la cultura en general". Daba el conferencista números de millares y millares de cines, bibliotecas, teatros, campos deportivos, estadios… "Existen en tierra rusa diez mil orquestas sinfónicas y en México sólo hay dos, la de Jalapa y la de aquí [la ciudad de México]", afirmaba Guzmán, y así avanzaba en su discurso triunfalista: "La técnica actual de los rusos en todos los órdenes es la más avanzada y grande del universo". Más aún, "sólo vio en Rusia gentes nutridas, bien puestas, fuertes y felices".[40] Es difícil saber si todo esto en verdad lo vio, o lo imaginó en su mente, o *lo quiso ver* el entusiasta Guzmán. En todo caso no era un sentimiento aislado de los comunistas en México y otros países.

La campaña de desprestigio en todos los medios controlados por charros y por el gobierno en contra los ferrocarrileros desde el verano de 1958 alcanzó tal magnitud durante al revisión contractual de febrero de 1959 que, tras la firma del contrato colectivo de FNM, durante una asamblea efectuada en el Distrito Federal, se acordó dedicar cinco millones de pesos, con los que contaba el sindicato en Bonos del Ahorro Nacional, "así como el descuento habido con anterioridad y todo el dinero con que cuenten las secciones", para contrarrestar a la "prensa mercenaria".[41] Por esas fechas, una fotografía de los Hermanos Mayo retrataba una consigna escrita en un vagón-vivienda que sintetiza muy bien la desesperación de los rieleros. La consigna rezaba: "Compañero: no compres periódicos chaqueteros". Pero se trataba de una lucha muy desigual. "Todo el dinero de las secciones" era poco frente a "todo el dinero" que estaba de por medio. Otro botón de muestra: el 7 de marzo de 1959, esto es, mucho antes de que se desatara la represión generalizada contra el movimiento, la revista *Hoy* publicó un editorial que contenía el siguiente fragmento:

> No fue el deseo de beneficiar aún más a sus agremiados lo que llevó al líder Demetrio Vallejo a provocar la huelga. La verdad es otra. El impulso nació de un premeditado plan que está jerarquizado en la técnica clásica de los propósitos insurreccionales. De una manera metódica, como quien dispone sus piezas en un ajedrez trágico, han ido moviéndose las figuras y los peones de una batalla obscura, tenebrosa, para alcanzar

[40] AGN, Investigaciones Políticas y Sociales, IPS, vol. 80, exp. 2, ff. 201, Informe del inspector PS-20, J. González Valencia, 9 de febrero de 1951.
[41] AGN/DFS, 26-1-59, leg. 14, ff. 254 y ss., 6 marzo de 1959.

> metas determinadas […] Vallejo y socios han quedado sumidos en la más trágica postura […] *Puede decirse que los días de Vallejo, como líder, son escasos.* Ha fracasado como conductor de la demagogia y la irresponsabilidad [...].[42]

El gobierno y los charros nacionales, Fidel Velázquez y compañía, tenían la mira bien puesta sobre la dirección del movimiento ferrocarrilero. Si no fue así, ¿cómo predecir con semejante certeza la caída del principal líder ferrocarrilero? La amenaza de detención de Vallejo era un secreto a voces. Y si en los paros del verano anterior, así como tras la firma del Contrato Colectivo de Trabajo de los FNM, efectuada en febrero, habían dejado libres a Vallejo, a Campa y a los dirigentes locales más importantes, el gobierno no repetiría ese error.

José G. Escobedo, un periodista ligado a los charros nacionales, encargado desde muchos años atrás de la "fuente obrera" en *El Nacional*, con antiguos antecedentes de militancia en la vieja CROM, dedicó buena parte de su tiempo durante 1958 y 1959, a la tarea de ensuciar a Vallejo y a los demás dirigentes comunistas, al tiempo que lanzaba loas a los dirigentes charros del BUO (Bloque de Unidad Obrera), encabezado por la CTM, por haber adoptado una postura "correcta y encomiable" al lado del régimen gubernamental, "amigo de los trabajadores".[43] Entre las observaciones contra Vallejo se desliza el racismo y clasismo de sus enemigos: ¿Quién es Vallejo Martínez? "[…] un empleado de segunda categoría en las oficinas de Express de los Nacionales en Coatzacoalcos […] Casi un *cargador*",[44] y más adelante afirmaba Escobedo: Vallejo, "es un indígena mal nacido –casi un enano– de la sierra de Oaxaca […] de cultura rudimentaria […] en la tribuna no lo hace mal y maneja la ironía […] casi siempre injuriaba a todo el mundo […] Esto, aunque pasajero, fue su éxito".[45]

¿No sería capaz el *imparcial* periodista José Escobedo de darse cuenta que justo una de las claves de la popularidad de Vallejo era la identificación de la masa de ferrocarrileros con el indio oaxaqueño, de baja estatura, que era capaz de enfrentar a viva voz a los líderes charros y a los funcionarios de la empresa o del gobierno con entereza y seguridad, con argumentos jurídicos sólidos, con valentía? José Escobedo refleja, sin proponérselo, el peso de la dominación del Estado para imponer sus ideas. Él, que había sido coautor con Rosendo Salazar, en 1907, del

[42] *Hoy*, editorial "La fortaleza legal del régimen", 7 de marzo de 1959. Las cursivas son del autor de este capítulo.
[43] José G. Escobedo, *Paros y huelgas. Caos ferrocarrilero*, p. 12.
[44] *Ibid.*, p. 55.
[45] *Ibid.*, p. 165.

libro *Las pugnas de la gleba*, precursor de la lucha contra el régimen de Porfirio Díaz, se dirigía ahora contra sus hermanos. Sobre Campa se lanzan también descalificaciones bajas en el libro-panfleto de Escobedo: se trata de "un policía soviético a sueldo […] vehículo de consignas extranjeras. […] Campa sólo ha sido, toda su vida, taquígrafo –tarea de señoritas– de jefes ferrocarrileros de segunda categoría".[46] Vallejo también había sido telegrafista, aunque ciertamente sería temerario acusarle de *señorito* a alguien que, como "buen ferrocarrilero", pecaba de machismo mexicano, actitud le provocó problemas personales en más de una ocasión.[47] Los epítetos contra Campa y Vallejo se concentran en la asociación "vallejista-comunista" que, como afirmaban la "nueva" Unificación Ferroviaria, controlada por los charros, *La verdad*, *El Nacional*, entre otros, habría "envenenado a los trabajadores con el virus de la perversidad y el odio, elementos característicos del comunismo". Este era el tono y los golpes bajos de los *honrados* periodistas, políticos y líderes oficiales, bajo el manto protector de la Guerra Fría.

Ya hemos mostrado el tinte anticomunista, justificatorio y cínico del folleto *La verdad*. Pero debe anotarse aquí que, además, existió una versión "oficial", con el mismo propósito, al interior de la empresa FNM, de tono un tanto más mesurado, pero idénticos fines. Se trata de la versión de estos acontecimiento publicada en la revista *Ferronales*, en su número de abril de 1959, que después de prometer, de modo idéntico a cómo lo hace *La verdad*, un recuento "escueto y veraz" de los acontecimientos, habla de cómo las huelgas habían sido el producto de "las demandas desorbitadas de los líderes" (¡esas mismas demandas que la empresa de FNM había concedido en febrero a la mayoría de los afiliados al sindicato!); destaca la "serenidad y diligencia" con la cual había procedido el gerente general del sistema, el ingeniero Benjamín Méndez, para normalizar el servicio; minimiza ridículamente el número de detenidos (habla de 249 durante el primer día de la agresión al sindicato, 145 de ellos en el Distrito Federal); informa de la toma de posesión de los "nuevos" líderes, incrustados en la dirección del sindicato, sin atender a su legalidad interna, encabezados por Alfredo A. Fabela el 9 de abril; recupera las

[46] *Ibid.*, p. 78.

[47] La asociación entre trabajador ferrocarrilero como equivalente a valiente y "macho" es común (no sólo en este sector). Una de las mayores descalificaciones, por tanto, sería la acusación de "señorito." Por ejemplo, Vallejo escribió contra Gómez Z., que se trataba de un "maricón". Para el manejo de la cultura masculina en el gremio ferrocarrilero, ver Robert Alegre, *op. cit.*, pp. 19, 23.

declaraciones del procurador Fernando López Arias en el sentido de que una larga lista de telegramas y mensajes provenientes de toda la República aplaudían la acción enérgica del gobierno federal para detener los "actos subversivos encubiertos en supuestas demandas sindicales", y concluía, en tono magnánimo, que: "La admisión de los trabajadores remisos de los Ferrocarriles Nacionales, el reconocimiento de sus derechos a las prerrogativas del Contrato Colectivo de Trabajo, y el nuevo convenio que dio fin al problema con el Ferrocarril Mexicano, fueron inspirados en la inalterable política social y obrerista de la República que preside el Señor licenciado Adolfo López Mateos". Sí señor. Ni más ni menos que "la inalterable política social y obrerista" del señor presidente.

Es tan notable la convergencia entre *La verdad* y *Ferronales* que no descartamos que hayan sido escritos por el mismo equipo, o incluso por la misma persona. La revista *Ferronales* era bien recibida en el gremio ferrocarrilero. Se trataba de una revista mensual "seria", correctamente editada e ilustrada, con más de 100 páginas de contenido variado, que abarcaba desde el acontecer político general del país, aspectos técnicos, económicos o culturales acerca de temas ferrocarrileros de México y el mundo, hasta cuestiones históricas, política internacional, moda, literatura, tiras cómicas, espectáculos, cine y cartelera cultural. Se trataba de un instrumento de educación ideológica de primer orden en manos de la Gerencia de la empresa, que podía realizar ese tipo de mezcla tendenciosa y perversa entre la verdad y la mentira, que caracteriza la imposición ideológica desde el poder: digamos que, en una mezcla hipotética de 90 % verdad y 10 % mentira, la segunda se disuelve en la primera y el lector "lo traga todo". Se trata de información sana, con veneno en dosis homeopáticas para la mente. De este modo el gobierno realizaba su tarea en medios como la televisión, *Excélsior* o *El Nacional*; mientras que charros y Gerencia la hacían en *La verdad* y *Ferronales.* El poder sumado de esta propaganda era a todas luces muy considerable, y operó como un pararrayos contra los esfuerzos de movilización, denuncia y resistencia de los trabajadores ferrocarrileros y sus aliados.

La prisión y la libertad: Demetrio Vallejo deja de pertenecerse a sí mismo

Existe una dialéctica en la pareja de conceptos de libertad y prisión. La prisión impide el libre movimiento de los cautivos, les constriñe en cuanto a espacio, tipo de alimentación, horarios, acceso a bienes, servicios y comunicación con familiares y amigos. Pero no les impide pensar.

Por el contrario, les otorga una cantidad muy significativa de *tiempo libre* para pensar. Dichos pensamientos pueden ser de índole autodestructiva, como tiende a ocurrir con los presos comunes, los asesinos, maleantes, enfermos mentales; o bien puede abrir una rendija de oportunidad para los presos políticos, que están en la cárcel por convicciones sociales, por haber incurrido en utilizar medios ilícitos que conducirían a conquistar fines políticos, para hacer valer un programa de reivindicaciones ante gobiernos tiránicos. Para este grupo, la prisión puede transformarse en un espacio más de lucha política, desde el cual pueden hacer uso de su libertad de pensamiento para insistir en su programa, para acercarse a las mismas metas de cuando estaban fuera de la prisión. Sólo para continuar con la dialéctica entre prisión y libertad, es evidente que amplios grupos de trabajadores y otros sectores populares, que viven en libertad formal, son presa fácil de las ideas dominantes de los poderosos. Viven, vivimos, en una prisión del pensamiento, las más de las veces sin notarlo siquiera.

En Sudáfrica, Nelson Mandela, por ejemplo, pasó de la prisión –a la que había ingresado con la condena de cadena perpetua– a encabezar el desmantelamiento del *Apartheid* y alcanzar la presidencia de su país. Otros, como el teórico italiano Antonio Gramsci, en la prisión a la que lo condenó Mussolini, escribió el núcleo de una obra teórico-política que desnudó al fascismo, criticó la burocratización del estalinismo, explicó la cuestión del subdesarrollo en el sur de Italia, profundizó en los mecanismos internos de los procesos educativos, hizo crítica de teatro y de literatura. ¿No se encuentra esto más en el terreno de la libertad que en el de la prisión? No faltan en México ejemplos de esta naturaleza. Vicente Riva Palacio, el general-poeta, emprendió el tomo II de la magna obra por él coordinada, *Historia de México a través de los siglos*, desde la prisión de Santiago Tlatelolco. Ricardo Flores Magón incitaba a la rebelión contra Porfirio Díaz desde diferentes cárceles de Estados Unidos donde fue confinado. José Revueltas escribió textos políticos y literatura de altísima calidad en la cárcel, basada en sus distintas experiencias de encarcelamiento, también fuera de ella. Así, Demetrio Vallejo hizo periodismo y análisis político en la cárcel. Como organizador preparó con paciencia los primeros pasos para la formación de un grupo de oposición al charrismo sindical en el sindicato ferrocarrilero, para cuando pudiese poner un pie fuera de la prisión. Allí nació la idea del Movimiento Sindical Ferrocarrilero (MSF). Todos estos personajes especiales tenían, desde luego, claros propósitos políticos y no se consideraban solos, ni lo estaban, en tales propósitos ¿Estaban ellos pues realmente presos?

Demetrio Vallejo dejó de pertenecerse a sí mismo a partir del éxito de los paros escalonados del verano de 1958. Los trabajadores lo aclamaron y transformaron en su líder histórico. Él aceptó el reto con aplomo. Así, unos meses después de salir de Lecumberri, en una de las múltiples entrevistas que dio, esta vez para el diario *Excélsior*, citada al inicio, contestó así a la pregunta de si tenía miedo de volver a la cárcel: "Sí, sí lo tengo […] pero uno tiene convicciones, uno sabe que la lucha es el camino. *Y si los compañeros lo piden, no podemos echarnos para atrás*".[48] Vallejo, a lo largo de su estadía en prisión, mantuvo una relación epistolar ininterrumpida con muchos simpatizantes ferrocarrileros que le compartían información y solicitaban consejo en torno a los acontecimientos sindicales. No sería pues sino consecuencia directa de esta actitud el que dentro de las primeras actividades que realizó tras su liberación haya sido irse de gira para visitar a los grupos disidentes del sindicato a lo largo y ancho de la República. Las muestras de simpatía fueron prácticamente unánimes. La ancha y permanente sonrisa de Demetrio en las numerosas fotos, que son testigos gráficos de esa caravana, es elocuente. En la entrevista antes citada, Vallejo comentó: "He recorrido treinta de las 39 secciones sindicales del país. Me han invitado los compañeros. He notado que por lo menos el 90 o el 95 por ciento de ellos están descontentos con sus autoridades sindicales, que no los defienden. Me han pedido que organice un movimiento y ya lo he hecho. El Movimiento Sindical Ferrocarrilero se llamará".[49] Y así ocurrió.

El 18 de enero de 1971 se firmó la declaración de principios del MSF, con la firma de Vallejo a la cabeza, ya que había sido nombrado su presidente. Su meditado y discutido proyecto personal había adquirido concreción en unos cuantos meses. El MSF entero lleva su sello, comenzando por su lema: "Unidad, Democracia y Firmeza revolucionaria". "Democracia y Unidad" es una aspiración casi unánime en los grupos sindicales, pero la "Firmeza revolucionaria" corresponde al mensaje inconfundible de Vallejo. Los puntos programáticos del MSF, que fueron 19, se asemejan más a los de un pliego petitorio del sindicato ferrocarrilero ante la empresa, que a un programa político. Estos puntos reflejan el contacto con los ferrocarrileros de base. Destaca el tema de la elevación del salario, ante "el incontenible aumento de los precios", mismo que se vincula, como en el pasado, a "la necesidad de una revisión inmediata de

[48] Entrevista de Guillermo Ochoa a Demetrio Vallejo*, op. cit.*, *Excélsior*, 5 de enero de 1971. Las cursivas son del autor de este capítulo.
[49] *Idem.*

las tarifas".[50] El programa está lleno de reclamos económicos: la jornada de trabajo de 40 horas semanales en vez de 56, la elevación del aguinaldo de 15 a 30 días de salario, como sucedía ya entre los empleados del gobierno federal (en el Seguro Social era de tres meses), el aumento del fondo de ahorro del 10 al 25 %, y varias demandas más de esta índole. Ahora bien, la segunda aspiración fundamental era el retorno a la democracia sindical dentro del sindicato. El punto 15 de programa lo detalla a partir de la búsqueda de reformar los estatutos. Comienza:

> Pugnar porque los estatutos del sindicato sean reformados a fondo para que se pongan a tono con la época […] que se practique la democracia sindical y se asegure la inviolabilidad del voto, que se haga la voluntad mayoritaria de los ferrocarrileros de elegir o deponer a sus dirigentes, que las asambleas sean soberanas, y varias precisiones más, como el derecho a voz y voto de los jubilados y la eliminación de la cláusula de exclusión.[51]

No se requiere demasiada perspicacia para advertir que se trata un retorno, casi a la letra, a la esencia de los movimientos de 1958 y 1959: mejoría económica y el prerrequisito para reemprender la lucha por ésta: desplazar a los charros. Casi punto por punto de su discurso del 23 de agosto de 1958 en la plaza de toros de Aguascalientes, que relatamos. Era como si Vallejo repitiese las palabras que pronunciara el filósofo y poeta español, Miguel de Unamuno, cuando regresó a la Universidad de Salamanca, luego de haber sido destituido de su cargo como rector y enviado a un destierro involuntario de 1924 a 1929, por la dictadura de Miguel Primo de Rivera. El poeta regresó al salón de clases y comenzó su disertación frente a sus alumnos con la frase: "Decíamos ayer…"[52] El MSF de Vallejo era otra manera de expresar la misma convicción. "Decíamos ayer": democracia sindical, mejores salarios, una patria nueva. Pero no sólo había reiteración del programa. Se proclamaba también una insistencia en torno a los métodos. En la medida que el retorno a los paros resultaba imposible en el corto plazo, Demetrio recurrió a otra tradición fundamental del sindicato: *la toma* de los locales sindicales. Se empecinó en ello, pues

---

[50] "Declaración de principios del Movimiento Sindical Ferrocarrilero", 18 de enero de 1971, tomado de Alzaga y Cortés, *Obras de Demetrio Vallejo*, t. II, punto 2, p. 366.
[51] *Ibid.*, p. 368.
[52] Hay un antecedente del uso de la frase, en el caso de Fray Luis de León (1527-1591), también español, quién fue encarcelado por la Inquisición por sus opiniones liberales (como la traducción de escritos en latían al español), y privado de sus cursos en la Universidad de Salamanca. A su retorno de la prisión dijo también: "Decíamos ayer." Por lo que toca a Unamuno, su vuelta a Salamanca se produjo en medio de una multitud de simpatizantes, que le llevarían a las cámaras como diputado de la República española, que sucedió a Primo de Rivera. Unamuno enfrentó una nueva destitución realizada de manera cobarde por el gobierno franquista, en 1936, de su rectorado en la Universidad de Salamanca, poco antes de su muerte.

confiaba en tener la mayoría de simpatizantes sección por sección dentro del sindicato, y los edificios sindicales no pertenecían a las direcciones charras, sino a las bases… *eran su patrimonio*. Sin embargo, los tiempos habían cambiado y el intento no prosperó. Los nuevos charros estaban bien protegidos por las autoridades locales y la masa ferrocarrilera había entrado en una etapa de retraimiento, mientras que Vallejo se había instalado en la ofensiva.

==========

Demetrio Vallejo Martínez, el dirigente ferrocarrilero y líder político socialista, murió de un infarto durante la mañana del 24 de diciembre de 1985, mientras preparaba un texto para una intervención en la Cámara de Diputados, a la que había llegado como representante plurinominal por el Partido Socialista Unificado de México (PSUM), su última trinchera partidaria. Sin embargo, Demetrio Vallejo nunca se sintió enteramente cómodo dentro de los partidos en los que militó: el Partido Comunista Mexicano, de 1934 a 1945; el Partido Obrero Campesino Mexicano, de 1950 a 1959, cuando se disolvió; el Partido Mexicano de los Trabajadores, al que contribuyó a fundar, en 1974, hasta su expulsión derivada de asuntos personales, en 1983, y finalmente el Partido Socialista Unificado de México, de 1983 a 1985, cuando murió. Su incomodidad iba en sentido proporcional a la distancia con su época de juventud, en que su ingreso al PCM se dio con plena confianza. En realidad, debajo de la casaca partidaria estuvo siempre presente la piel del sindicalista radical que invariablemente fue. Su indumentaria más confortable fue la de líder sindical ferrocarrilero de oposición. Puede decirse que Demetrio Vallejo fue un producto genuino de las peripecias de su gremio: reflejó de manera intensa la búsqueda de la mejoría económica a la que aspiraban y defendían los ferrocarrileros; invocó siempre en su nombre y en el de sus representados los resquicios de la ley laboral para alcanzar sus fines, y luchó con una tenacidad a toda prueba por recuperar la democracia perdida a manos de líderes traidores dentro de su sindicato. Mejores salarios, respeto a la ley, democracia sindical y también, si se quiere, democracia industrial o nacionalismo económico. Este fue, en síntesis, su programa. Así de simple y así de profundo, para el México hundido en la corrupción que se fue construyendo frente a sus ojos, pese a sus esfuerzos individuales y a los colectivos. Democracia, salario y ley no eran aceptables para el México de la Guerra Fría, aliado incondicional del capital trasnacional, con

una madeja de compromisos entre las burocracias sindical y la estatal y de ambas con la élite empresarial nacional y extranjera.

No sorprende a nadie entonces que los líderes traidores de dentro y fuera del sindicato ferrocarrilero, *los charros*, lo odiaran; que la empresa FNM lo intentara despedir una y otra vez; que los dirigentes más burocratizados de los partidos de izquierda renegaran de su irremediable terquedad, incluso frente a sus errores políticos; o que el gobierno decidiera ensañarse en la represión en su contra, así como en contra de otro puñado de dirigentes, como Valentín Campa y otros más, como mecanismo de prevención, de vacunación, contra quienes quisieran seguir su ejemplo. De igual manera tampoco sorprende que en la memoria de los ferrocarrileros de base –que no de todos los agremiados–, sino de la capa menos favorecida socialmente, que era la mayoría, se le guarde siempre el mayor respeto. Vallejo fue su líder, ya fuera de manera formal o informal, pero siempre legítima.

"Dime con quién andas y te diré quién eres", reza el dicho, y "Dime quiénes son tus enemigos y llegaremos a la misma conclusión". En los informes políticos de la Dirección Federal de Seguridad (DFS), que dependía de la Secretaría de Gobernación, la palabra que más se repite al calificar a Vallejo es la de *subversivo*. En los numerosos desplegados, volantes, folletos, escritos por los jerarcas de las direcciones sindicales charras, comenzando por Fidel Velázquez y sus allegados dentro del sindicato ferrocarrilero, dominaba el epíteto de *comunista*. En los alegatos contra Vallejo, desde las oficinas de personal de FNM, mucho antes de que se destacara como líder obrero nacional, se repite la acusación de *insubordinado*. En contraste, entre los materiales que revisan la gesta de las huelgas ferrocarrileras de 1958 y 1959 desde un enfoque académico o de participantes y partidarios del mismo, predominan dos adjetivos: el de *honrado* y el de *valiente*.[53] En cuanto a su biógrafa, Begoña Hernández y Lazo, hace una valoración de Vallejo que se acopla con los anteriores atributos, y agrega uno más: la dignidad: "Decir Vallejo era decir limpieza; decir entereza; decir lucha; decir respeto por uno mismo".[54] Y el respeto por uno mismo se puede resumir en el atributo de *digno*.

¿Quién era entonces Demetrio Vallejo?, ¿el subversivo?, ¿el comunista?, ¿el insubordinado? En cierto modo, sí. Depende de lo que cada quien entienda por estos tres

[53] Ramón Báez Esquivel, *op. cit.*
[54] Begoña Hernández y Lazo, *op. cit.*, p. 298.

conceptos, pero un hecho incuestionable es que Vallejo aspiraba a la conquista de un mundo en el que imperase la democracia laboral e industrial, lo que se presenta en la antesala de todo proyecto socialista genuino. Vallejo pudo haber cometido muchos errores en su larga carrera de sindicalista y político, pero obtuvo numerosos éxitos, y no se rindió nunca. Acaso ese sea su mejor legado. Miguel de Unamuno escribió el proverbio: "El que tiene fe en sí mismo no necesita que los demás crean en él." Es claro que Vallejo tenía gran fe en sí mismo, y que no se preocupaba demasiado por la opinión de los demás. Lo significativo es que dicha fe en sí mismo era lo suficientemente poderosa, bajo el aliciente de su voluntad por poner manos a la obra hasta el sacrificio, para que muchos creyesen en él y lo siguieran.

Cuernavaca, 25 de noviembre de 2014.

View publication stats